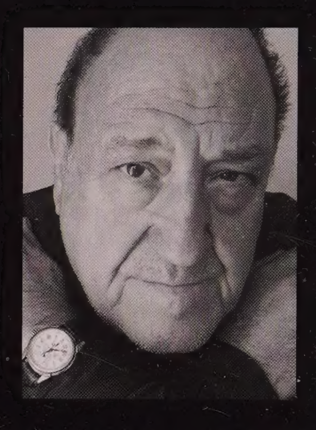
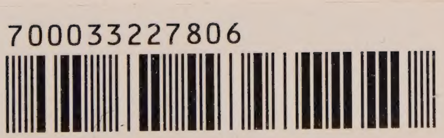
JAVIER TOMEO

El discutido testamento de Gastón de Puyparlier

FICCIÓN
ZETA



Javier Tomeo, aragonés residente en Barcelona, estudió Derecho y Criminología en la Universidad de la Ciudad Condal. En los años ochenta, se confirmó como uno de los más personales narradores españoles; no en vano, es uno de nuestros novelistas más traducidos por importantes editoriales europeas, con excelente acogida por parte de la crítica. En 1971 obtuvo el premio de novela corta Ciudad de Barbastro por *El Unicornio*. Es además autor, entre otras obras, de *El castillo de la carta cifrada, Diálogo en re mayor, Amado monstruo, El gallitigre, Los misterios de la ópera, Napoleón VII* o *Cuentos perversos*. Muchas de sus novelas han sido adaptadas para la escena y representadas con gran éxito en los más importantes teatros europeos. Su última novela es *Pecados griegos* (Bruguera).


700033227806

ZETA

1.ª edición: noviembre 2009

para el sello Zeta Bolsillo
Bailén, 84 - 08009 Barcelona (España)
www.edicionesb.com

Printed in Spain
ISBN: 978-84-9872-325-0
Depósito legal: B. 34.797-2009

Impreso por LIBERDÚPLEX, S.L.U.
Ctra. BV 2249 Km 7,4 Polígono Torrentfondo
08791 - Sant Llorenç d'Hortons (Barcelona)

El discutido testamento de Gastón de Puyparlier

JAVIER TOMEO

ZETA

Edición revisada por el autor

Lo que tú eres no puedes verlo.
Lo que ves es tu sombra.

RABINDRANATH TAGORE

El caballero Gastón de Puyparlier, acaudalado terrateniente, falleció en su mansión de Le Maulenette, próxima a la localidad de Issy le Pompidou el 13 de octubre de 1874, a la edad de setenta y cuatro años.

Durante la velada del 12 al 13 de octubre de 1874, poco antes de morir, Gastón de Puyparlier dictó su última voluntad al notario Arístides Rousselin. En ese testamento instituyó heredera universal de toda su fortuna a la señorita Dominique Vernier, con la que había sostenido un apasionado romance durante los últimos años de su vida.

La referida Dominique, que era cuarenta y cuatro años menor que su amante, no pudo disfrutar de la fortuna que, en cierto modo, le había caído del cielo. Dos meses después del fallecimiento de su anciano enamorado tuvo la desgracia de morir atropellada por un landó. Le heredó su única hermana, Federica Vernier. La cosa, sin embargo, no acabó ahí. Pocos días antes de que se cumpliese el primer aniversario del óbito de Gastón, un sobrino carnal del finado, Armando de Puyparlier, impugnó la validez del testamento.

¿Por qué razón?, se preguntarán ustedes. ¿En qué argumentos jurídicos apoyó el demandante su demanda?

Vayamos por partes. Según determina la ley (nos referimos, obviamente a la ley francesa, puesto que los hechos ocurrieron en la hermosa patria de Juana de Arco y, sobre todo, en el país donde se inventó el glorioso eslogan *Liberté, Égalité, Fraternité)*, aquella noche Gastón de Puyparlier hubiera debido leer por sí mismo el documento que acababa de dictar a Rousselin para asegurarse de que el notario lo había transcrito fielmente, sin añadir nada de su cosecha. Desprovisto de semejante requisito, esa clase de testamentos, que en la jerga forense se conocen con el nombre de testamentos místicos, carecen por completo de validez.

Rousselin, obviamente, dio fe en el mismo documento de que Gastón lo había leído ante su presencia y de que el testamento se ajustaba fielmente a sus deseos, pero el abogado de la parte demandante, poniendo en tela de juicio la honestidad y la rectitud que se atribuye por principio a todos los notarios, acusó a Rousselin (fallecido, por cierto, tres meses antes de que se iniciase la testamentaría) de estar en vergonzosa connivencia con Dominique Vernier, proclive, por lo visto, a seducir a todos los ancianos de la comarca.

El abogado de Armando de Puyparlier, por lo tanto, dedicó todos sus esfuerzos a demostrar que el tío de su cliente, durante la velada del 12 al 13 de octubre y por culpa de una gravísima afección ocular, no pudo leer ya lo que acababa de dictarle al no-

tario. Se apoyó fundamentalmente en los siguientes puntos.

Primero. La vista de Gastón de Puyparlier había empezado a debilitarse a partir del año 1869 (el mismo año que falleció su señora madre), como consecuencia de una afección diabética que, lejos de remitir, había ido agravándose con los años.

Segundo. La enfermedad se acentuó considerablemente durante los últimos meses de su vida, hasta dejarle prácticamente ciego.

Tercero. Durante la noche del 12 al 13 de octubre de 1874, por lo tanto, el finado fue ya incapaz de leer ni una sola línea. El anciano caballero, por obra y gracia del estado adinámico en el que se hallaba sumido, había llegado ya a ese límite en el que la inteligencia y los sentidos participan del debilitamiento general del individuo.

Por el momento no nos parece oportuno entrar a considerar los intereses de orden material que movieron a Armando de Puyparlier (el clásico sobrino calavera cargado de deudas y asediado por los acreedores) a impugnar la validez del testamento en cuestión. Las pasiones que la riqueza despierta en algunos hombres (nos atreveríamos a decir que en casi todos los hombres) no es, sin embargo, lo más importante de esta historia. Lo único que realmente nos interesa podría resumirse en las siguientes preguntas:

Primera. ¿Qué es lo que pudo ver Gastón de Puyparlier durante las últimas horas de su vida?

Segunda. ¿Hasta qué punto se habían debilitado sus órganos de visión?

Tercera. ¿Exhaló su último suspiro en el centro

de un universo de objetos cuyos perfiles, en lugar de definirse al aproximarse la hora del adiós, se habían hecho más confusos que nunca?

Dicho con menos prosopopeya: ¿murió aquel caballero sin poder leer en el rostro de las personas que le rodeaban la verdadera naturaleza de sus sentimientos? ¿Pudo acaso sorprender en el rostro de sus sirvientes (agotados por largas horas de vela) ese fugaz rictus de fastidio que acaba convenciéndonos de la insolidaridad de los hombres con el sufrimiento y las desgracias del prójimo? ¿Se marchó de este mundo sin poder distinguir por la vía de la vista, la auténtica calidad de lo que dejaba a sus espaldas? ¿Murió, en suma, ignorante?

Éste es, pues, el punto que nos interesa aclarar: determinar si aquel recalcitrante solterón, llegada su última hora, tuvo o no tuvo oportunidad de conocer las grandes verdades de su existencia. Dicho de otro modo, saber si cuando tenía prácticamente el pie en el estribo, tuvo que confiarlo todo al tacto o al oído. O lo que es igual, conocer si tuvo que marcharse hacia tierras extrañas, valga la metáfora, tanteando el camino con su bastón.

Repitamos, pues, la pregunta, como punto de partida para todas las disquisiciones que siguen: ¿falleció Gastón de Puyparlier angustiado por una ceguera que le impidió despedirse de este mundo con una mirada lúcida e incluso con una sonrisa?

Pocas cosas más reconfortantes para quienes permanecen junto a la cabecera de la cama, pendientes del enfermo que se dispone a emprender su último y definitivo viaje, que sorprender una mirada inteli-

gente y una sonrisa en el rostro del moribundo. Esa mirada y esa sonrisa significan tanto como si el viajero, es decir, el agonizante, les estuviese diciendo, de la única forma que le resulta posible, que la vida que está a punto de abandonar no le resultó del todo decepcionante, que en mayor o menor medida aprendió la gran lección que encerraba y que, reconfortado por esa convicción, no teme ya enfrentarse con el gran misterio que se le avecina.

¿Qué me importa morir —viene a decir entonces, mientras capta con las pupilas dilatadas los últimos mensajes del mundo sensible—, si por fin puedo comprender el ordenamiento de los planetas, las matemáticas esenciales y la muerte de las estrellas fugaces? ¿Qué me importa que se aproxime la hora del adiós, si puedo apreciar en todo su valor la belleza de ese rayo de sol que llega hasta los pies de mi cama? ¿Qué me importa partir, amigos míos, si vosotros, en quienes siempre confié, estáis a mi lado y yo todavía puedo veros?

Volviendo al asunto que nos ocupa, digamos ya que el abogado de Armando de Puyparlier presentó en tiempo y forma la demanda de nulidad del testamento y que la señorita Federica Vernier no permaneció cruzada de brazos, resignada a perder los millones que había heredado de su hermana. Recurrió, por el contrario, a uno de los mejores especialistas en derecho sucesorio de la ciudad y ambas partes litigantes se dispusieron a entablar la gran batalla. Se celebró el juicio, y el juez, antes de dictar la correspondiente sentencia, tuvo en cuenta:

Primero. Las declaraciones de los testigos presen-

tados en las pruebas testificales por ambos abogados.

Segundo. Varias misivas escritas por la señorita Dominique Vernier y algunos documentos caligrafiados de puño y letra por el señor Gastón de Puyparlier.

Tercero. Diversas cartas escritas por la señora Odile Vernier, madre de Federica (y por ende, madre también de la hermana de Federica, Dominique) dirigidas a su prima, la baronesa de Massignac.

Sabemos que no va a resultar fácil resumir en unas cuantas cuartillas todo cuanto se dijo en el juicio. Intentaremos, sin embargo, resumir las declaraciones de los diferentes testigos, sin seguir en la exposición un orden cronológico y procurando incluso comparar o confrontar dichas declaraciones cuando discrepen en algún punto concreto. Apelaremos, si es preciso, a cuantos comentarios marginales consideremos oportunos, tratando siempre de suministrar al lector los elementos de juicio necesarios para que pueda establecer sus propias conclusiones.

Testigos presentados por la parte demandante

1. Jean-Paul Verité

El primer testigo en subir al estrado fue Jean-Paul Verité, médico de la familia Puyparlier, que en la noche del 12 al 13 de octubre de 1874 asistió a Gastón de Puyparlier en su lecho de muerte.

Declaró el anciano doctor Verité que Gastón de Puyparlier, durante los últimos años de su vida, sufrió diversas enfermedades, sobre todo a partir de 1869, año en que, por cierto, firmó el certificado de defunción de Geneviève de Puyparlier, madre de Gastón, fallecida como consecuencia de un desgraciado accidente hípico.

A instancias del juez, el doctor Verité precisó que su paciente había sufrido accidentes congestivos en diferentes órganos que algunas veces exigieron la aplicación de sanguijuelas. Recordó también que durante el mes de marzo de 1870 Puyparlier padeció reumatismo articular en el brazo izquierdo, que le duró tres semanas, y que un año después, en la primavera de 1871, sufrió un desvanecimiento acompa-

ñado por una debilidad transitoria en el brazo derecho. En agosto de 1871 le apreció cierta predisposición a la somnolencia, sobre todo después de las comidas copiosas regadas con varias botellas de Borgoña, por lo que no le concedió demasiada importancia.

Su cuadro clínico, sin embargo, fue empeorando sensiblemente durante los meses que siguieron: los ataques de reumatismo se hicieron más frecuentes, ofreció síntomas evidentes de arenillas y empezaron a observarse algunos desarreglos en las funciones digestivas (apetito irregular, sed constante, orina evacuada en proporción considerable), dolores agudos en la región lumbar, respiración corta y jadeante al menor esfuerzo, debilitamiento muy marcado de las funciones genitales, etc. Por otra parte, los latidos de su corazón ofrecieron una frecuencia y una irregularidad anormales, aunque sin ruido de soplo.

—Teniendo en cuenta todos esos síntomas —declaró el doctor Verité—, no me resultó difícil llegar a la conclusión de que Gastón de Puyparlier, a principios de mil ochocientos setenta y dos, sufría ya una afección diabética en el primer estado, según se confirmó luego con un análisis de orina en el que encontramos una cierta cantidad de glucosa.

Cuando el juez, aburrido por tanto tecnicismo, preguntó qué tenía que ver la diabetes de Gastón de Puyparlier con su incapacidad para leer el testamento que había dictado al notario, el doctor Verité (que era un hombrecito menudo, de ojos azules y piel sonrosada) se alzó sobre la punta de los pies y sonrió levemente.

—Cuando los diabéticos no hacen caso del tratamiento que se les prescribe —dijo, engolando la voz—, corren el riesgo de sufrir la gangrena de un pie, de ser víctimas de una trombosis cerebral o de quedarse ciegos.

—¿Quiere usted decir, pues, que Gastón de Puyparlier estaba prácticamente ciego la noche del doce al trece de octubre de mil ochocientos setenta y cuatro? —siguió preguntando el juez.

—En efecto, eso es lo que quiero decir, que durante los últimos meses de su vida la diabetes le había situado ya al límite de la ceguera. Por eso resultaban doblemente patéticos todos los esfuerzos que aquel infeliz caballero hacía para hacernos creer que todavía era capaz de distinguir, aunque fuese con grandes dificultades, lo que ocurría a su alrededor. Hemos de tener además en cuenta que, aparte de la diabetes, Puyparlier había llegado aquella noche al límite de una fiebre grave, desencadenada tres días antes, y que se encontraba en ese límite extremo en el que la inteligencia y los sentidos se ven afectados por el debilitamiento general del organismo. Recuerdo que conseguí que respondiese a alguna de las preguntas que le formulé, pero recuerdo también que lo hizo con grandes dificultades porque sus percepciones eran muy confusas.

—Resumiendo —intervino el abogado de la parte demandante—, usted opina que el señor de Puyparlier, durante la última noche de su vida, fue incapaz de leer el documento que acababa de dictar a su notario.

El anciano médico volvió a ponerse de puntillas y afirmó con lentos y amplios movimientos de cabeza.

—Sobre todo —añadió—, teniendo en cuenta que la letra del notario Rousselin, que yo conocía muy bien, era delgada, pequeña y difícil de leer, de no mediar una profunda y continuada atención, y sobre todo, de no tener una vista completamente sana.

El abogado de la parte demandada (un hombre todavía joven, pero curtido ya en numerosas lides jurídicas) pidió la palabra para hacer notar que, en su opinión, el doctor Verité había confundido en su declaración dos cosas tan distintas como son, por una parte, el simple debilitamiento de los sentidos, y, por otra, la confusión de las percepciones. Preguntó al galeno, por lo tanto, qué era lo que había querido dar a entender cuando se refirió al debilitamiento general del organismo de Gastón de Puyparlier.

—Porque es evidente —dijo, sin dar tiempo a que el médico le respondiese—, que una función puede irse debilitando y, a pesar de ello, continuar ejerciéndose.

Y añadió, aclarando sus propias palabras, que un hombre cuyas percepciones sean confusas es prácticamente incapaz de leer, pero que puede continuar haciéndolo en ciertas condiciones cuando sólo padece un cierto grado de debilitamiento de los sentidos.

—Lo que aquí interesa determinar, por lo tanto —prosiguió—, es si al debilitamiento del señor Puyparlier siguió una perturbación tan acusada y general que sus percepciones fueron ya caóticas. Nosotros, honradamente, pensamos que no, y lo pensamos por una razón que nos parece de mucho peso: no olvidemos, en efecto, que durante aquella noche Gastón de

Puyparlier estuvo todavía en condiciones de dictar su última voluntad al notario, y que incluso el propio doctor Verité acaba de reconocer que poco antes de morir, Puyparlier consiguió responder a alguna de sus preguntas, aunque fuese con las lógicas dificultades. ¿No demuestra todo eso, señor juez, que la debilidad general de nuestro enfermo, por grande que fuese, no había llegado aún a causar graves perturbaciones en su inteligencia y en sus percepciones auditivas? ¿Por qué, pues, pensar que sucedió lo contrario con los demás sentidos, concretamente con el de la vista? ¿Por qué suponer que sus percepciones visuales eran confusas, si no lo fueron, por ejemplo, sus facultades auditivas?

Hizo notar entonces el doctor Verité con una sonrisa de suficiencia que la diabetes puede afectar a la vista, pero que nunca afecta al oído, y que nada tiene que ver una cosa con la otra. Añadió luego que en su larga vida profesional había conocido diabéticos medio ciegos pero con un oído tan fino que eran capaces de oír crecer la hierba. Cometió sin embargo el error de citar al barón de Munchausen, un famoso personaje que también podía oír cómo crecía el césped, y la introducción de ese personaje tan exótico y desmesurado distrajo ligeramente al juez.

El abogado de la parte demandada supo aprovechar aquel ligero desconcierto para conjurar el peligro y se refirió rápidamente al comentario que el doctor Verité había hecho sobre la caligrafía del notario Rousselin. Con voz precisa hizo las siguientes observaciones:

Primera. La letra del señor Rousselin (que tam-

bién él conocía), no era ciertamente un prodigio de claridad, pero no llegaba al extremo de ser ilegible.

Segunda. El testamento había sido escrito por la mano de Rousselin, es cierto, pero Gastón de Puyparlier, como todos los terratenientes de la comarca (habituados a firmar hipotecas, escrituras y legados), debía de estar muy familiarizado con la letra de su notario.

Tercera. Resulta más fácil leer lo que se acaba de dictar que un documento cuyo contenido no se conoce de antemano, pues en el primer caso los ojos reciben la ayuda de la inteligencia y de la memoria.

—Lo que tenemos que determinar, y lo haremos en su momento oportuno —dijo el abogado, una vez hechas las anteriores observaciones—, es si el señor Gastón de Puyparlier fue capaz de realizar el esfuerzo suficiente para leer la cuartilla que el notario puso delante de sus ojos, sabiendo, como seguramente sabía, y si no lo sabía allí estaba el notario para decírselo, que ese requisito resultaba absolutamente necesario para dar validez a su testamento y, por lo tanto, para que su última voluntad surtiese efecto.

»¿Quién se atrevería, pues, a asegurar —preguntó finalmente—, que Puyparlier no realizó aquella noche el esfuerzo necesario para leer un par de cuartillas? Más todavía: ¿por qué dudar de la honradez profesional del notario Rousselin, cuando aquel probo funcionario no está entre nosotros para defender su buen nombre?

2. Horace Legrand

El siguiente testigo de la parte demandante fue Horace Legrand, anticuario con establecimiento abierto en la vecina ciudad de Ministrone. Declaró el señor Legrand (un hombre de cierta prestancia y hermosa mirada azul, pero que utilizaba un bisoñé de ínfima calidad) que vio por primera vez a Gastón de Puyparlier el día 2 de agosto de 1872.

—Entró en mi establecimiento —dijo— acompañado por una dama vestida de negro y con el rostro cubierto por un velo. Se interesó por unos candelabros de plata y durante un buen rato estuvo examinándolos con la ayuda de unas gafas de gruesos cristales. Al final se marchó sin comprarlos (me refiero, por supuesto, a los candelabros), por lo que llegué a la conclusión de que ni siquiera con las gafas puestas había sido capaz de distinguir los exquisitos detalles de aquellas piezas únicas, que hubiera podido llevarse por un precio irrisorio.

Debemos hacer notar (antes de que ustedes lo adviertan por sí mismos y puedan dudar también de nuestra buena fe) que el abogado de Armando de Puyparlier supo montar una hábil estrategia testifical, en la que todos sus testigos trataron de llevar al ánimo del juez, sin referirse expresamente a ello, el sentimiento de que la incapacidad de Gastón para la lectura no fue uno de esos fenómenos súbitos que se presentan de la noche a la mañana, sino que se trató, por el contrario, de la culminación de un proceso gradual e irreversible iniciado algunos años antes.

Al abogado de la parte demandada, de cualquier modo, no pareció inquietarle demasiado el testimonio de Legrand, pensando tal vez que no arrojaba demasiada luz sobre el problema central que se estaba tratando de dilucidar, es decir, sobre la ceguera de Gastón y su incapacidad para la lectura.

—El hecho de que el señor de Puyparlier se pusiese gafas para observar con más detalle un par de candelabros —dijo oportunamente al juez— no significa absolutamente nada. Se trata, por el contrario, de un fenómeno bastante típico. Yo mismo conozco personas que cuando se sitúan ante una obra de arte y se les pide que emitan una opinión, demoran la respuesta y tratan de adoptar un aire entre intelectual y reflexivo, del que carecen normalmente, recurriendo si es preciso a unas simples gafas que, por supuesto, no necesitan.

Añadió a continuación que esa argucia o fingimiento solía darse entre personas acomplejadas, que tienen consciencia de sus limitaciones culturales o artísticas. Y añadió, por fin, que para calibrar con más precisión el testimonio de Horace Legrand resultaba conveniente conocer cuál había sido la formación artística del anciano terrateniente y hasta qué punto podía estar interesado en que le tomasen por un entendido en cuestiones de arte, al que de ningún modo se le podía dar gato por liebre.

Algunas notas biográficas a propósito del señor Gastón de Puyparlier

Aun exponiéndonos a romper el ritmo en la exposición de los diversos testimonios de la parte demandante, nos parece oportuno intercalar ahora algunas noticias sobre el señor Gastón de Puyparlier, con el fin de proporcionar al lector más información sobre su persona.

Digamos, pues, que Gastón, como todos los niños de su condición social, cursó sus estudios en L'Orangerie, enorme caserón que acogía en sus aulas a los hijos de todos los terratenientes de la comarca. En el año 1817, poco después de que cumpliese los diecisiete años, fue enviado a la Universidad de la Vitelle, donde se matriculó en la Escuela de Veterinaria. El prematuro fallecimiento de su padre, ocurrido en 1820, le obligó a regresar a su mansión de Le Maulenette para hacerse cargo de la hacienda familiar, tarea que rebasaba en mucho las posibilidades de su madre.

Es de suponer, por lo tanto, que en su primera juventud no tuviese tiempo de aprender demasiados latines. Fue curtiéndose entre los peones de la finca y antes de cumplir los treinta años se había convertido ya en un hombrón de aspecto taciturno que se pasaba el día recorriendo a caballo todos los caminos de su hacienda. Su aspecto físico dejaba bastante que desear y en los días de lluvia solía vérsele calzado con unas botas de media caña cubiertas de barro y un largo capote de paño cubierto de lamparones, ceñido al cuerpo por un cinturón de cuero sin curtir. Apenas tenía amigos y hasta entonces ni siquiera las más

avispadas comadres de la comarca pudieron descubrir en su vida alguna secreta aventura amorosa.

Durante los funerales de su madre (que falleció, como se dijo en su momento, en el año 1869, exactamente el 14 de abril, el mismo día que Gastón cumplía los sesenta y nueve años), le vieron llorar con desesperación, lanzando grandes chillidos y dándose puñetazos en la cabeza, hasta el punto de que sus vecinos se sintieron sorprendidos por el espectacular desmoronamiento de aquel gigante, a quien suponían capaz de controlar todos sus sentimientos.

A partir de aquella primavera, sin embargo, se operó un profundo cambio en sus hábitos. Continuó siendo el hombre huraño y taciturno de siempre, pero confió la dirección de la heredad a su capataz y se reservó únicamente la supervisión de los asuntos más importantes. Los vecinos de Issy le Pompidou empezaron a verle casi todos los atardeceres paseando por el camino del río, enfundado en una magnífica levita, las botas relucientes como espejos y, lo que todavía resultaba más extraño, con un libro en la mano. Las luces de sus habitaciones (que hasta entonces se apagaban poco después de oscurecer, apenas se encendían las primeras estrellas) permanecían encendidas hasta altas horas de la madrugada, es decir, hasta las mismas horas en las que un año atrás solía levantarse para dar una vuelta por los establos. Sus viajes a la vecina ciudad de Ministrone fueron cada vez más frecuentes y comenzó a circular el rumor de que tenía allí un amor secreto.

¿Qué fue, pues, podemos preguntarnos, lo que le hizo cambiar? ¿Fue, tal vez, la desaparición de su

madre, por la que Gastón sentía una profunda veneración, lo que dio un aire nuevo a su vida, llevándole incluso a interesarse por la lectura?

Digamos ya, a propósito de ese amor secreto que le atribuyeron las comadres del lugar, que un vecino suyo, Marcel Lacoste, le sorprendió el 14 de julio de 1869 (cuando sólo se habían cumplido tres meses desde el fallecimiento de su madre) en los claustros de la catedral de Ministrone, dando el brazo a una dama enlutada y con el rostro cubierto por un velo, tal vez la misma mujer que tres meses más tarde le había acompañado a la tienda de Horace Legrand. Puyparlier fingió no reconocer a Lacoste y se escabulló con su acompañante por una puerta lateral. A partir de aquel día se intensificaron los rumores y se multiplicaron las preguntas: ¿quién podía ser aquella mujer vestida de negro, que a juzgar por la estrechez de su talle más parecía una damisela? ¿Sería posible que el adusto Gastón se hubiese enamorado a una edad en que la mayoría de los hombres se ha resignado ya a prescindir de las mujeres? En ese caso, ¿acabaría la cosa en boda?

Conociendo todos esos detalles sobre la vida de Gastón, y volviendo al testimonio de Legrand, que dijo haber visto por primera vez a nuestro personaje en su tienda de antigüedades, digamos ya que cuesta trabajo imaginarse a aquel rudo terrateniente moviéndose con la torpeza de un oso entre frágiles cristales y porcelanas, y que, del mismo modo, resulta también difícil admitir que un hombre como él, que se había pasado la vida entregado a la dura realidad de la tierra, de las cosechas y de los establos, se

preocupase por adoptar los modales de un petimetre.

¿No será, pues, que si recurrió a unas gafas de «gruesos cristales» para observar los dos candelabros fue porque las necesitaba realmente?

Eso no tiene nada de particular, se dirán algunos, porque se conocen muchas personas que utilizan gafas sin que pueda decirse por ello que son unas cegatas. El testimonio de Horace Legrand, sin embargo, tuvo su dosis de veneno, pues precisó que los detalles de aquellos candelabros podían apreciarse perfectamente sin necesidad de gafas. De hecho, significó tanto como si el anticuario hubiese declarado que dos años antes de que Gastón de Puyparlier falleciese, éste padecía ya una grave afección ocular, que veinticuatro meses más tarde le incapacitaría para la lectura.

3. Maurice Hermitage

No fue Horace Legrand el único anticuario que el letrado de Armando de Puyparlier utilizó como testigo. Tras Legrand compareció Maurice Hermitage, famoso en todo el gremio por su falta de honradez, pero a quien ni siquiera sus más enconados enemigos podían negar una inteligencia fuera de lo común.

Declaró Hermitage que el día 3 de noviembre de 1872, es decir, tres meses después de la visita al establecimiento de Legrand, Gastón estuvo también en su tienda, pero que en esa ocasión no utilizó gafas para observar las diferentes piezas que le fue mostrando.

—¿Cómo? ¿Qué es lo que dice usted? —exclamó muy sorprendido el abogado del sobrino calavera—. ¿Está usted seguro de que ese día el señor Gastón de Puyparlier no llevaba las gafas puestas? ¿Absolutamente seguro? ¿Será necesario que le recuerde que acaba usted de jurar sobre la Santa Biblia que iba a decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad?

Fue, sin duda, una burda comedia que tanto el falaz anticuario como el astuto abogado supieron interpretar con la maestría de dos consumados actores. Hermitage repitió su testimonio con énfasis. No, no, Gastón de Puyparlier, cuando entró en su establecimiento el 3 de noviembre de 1872 , y durante todo el tiempo que estuvo en su presencia, no llevaba las gafas puestas. Aquel día dio incluso la impresión de que gozaba de una vista excelente. Hermitage se encogió luego de hombros, como dando a entender que las cosas son como son, que nadie puede cambiarlas una vez que han sucedido, y que él no era hombre que se prestase a manipulaciones. Después, como de pasada, añadió que aquella tarde (porque se trataba, en efecto, de una tarde) el anciano terrateniente se presentó en la tienda acompañado por una dama enlutada, con el rostro cubierto por un velo impenetrable, pero que por debajo de las gasas protestaba entre dientes y lanzaba incluso suspiros de impaciencia, como si estuviese ya hasta el moño de la premiosidad del anciano.

—Hice notar al señor de Puyparlier unos detalles delicadísimos en un mueble de ébano —precisó—, y estoy absolutamente convencido de que aquel buen

caballero pudo apreciarlos a la perfección sin necesidad de ponerse las gafas.

Consideraciones marginales a propósito del testimonio de Maurice Hermitage

No queda más remedio que descubrirse ante la astucia del abogado de Armando de Puyparlier al aleccionar a Maurice Hermitage para que declarase exactamente lo que antecede, en abierta contradicción con lo que pocos minutos antes había testimoniado Horace Legrand. A primera vista sus palabras parecieron favorecer los intereses de la parte demandada (al apoyar la tesis de la parte contraria, que defendía la capacidad de lectura de Gastón de Puyparlier), pero si ahondamos en ellas advertiremos lo contrario. En la declaración de Maurice Hermitage, en efecto, hay que distinguir dos partes distintas:

a) Por un lado, su referencia a la misteriosa dama enlutada, de la que Hermitage no pudo ver el rostro, pero que mientras estuvo en la tienda protestaba entre dientes y lanzaba suspiros de impaciencia. Hermitage dio a entender de ese modo que la desconocida acompañante de Gastón de Puyparlier era una mujer de carácter enérgico, acostumbrada a ejercer su imperio sobre los demás.

b) Por otro, su alusión a los «delicadísimos detalles» del mueble, que Gastón había podido apreciar a simple vista.

En su primera parte, es decir, en la parte *a*, el testimonio de Hermitage coincidió plenamente con el de su colega Legrand. En su segunda parte, sin embargo, fue completamente distinto.

Aseguró, ni más ni menos, que Puyparlier podía ver perfectamente sin necesidad de gafas. ¿Por qué? ¿Cuál fue la razón de esa divergencia, teniendo en cuenta sobre todo que los dos declarantes eran testigos de la misma parte y servían a los mismos intereses?

Es preciso, pues, descubrirse, volvemos a repetirlo, ante la astucia del abogado de la parte demandante. El pícaro letrado sabía perfectamente que Hermitage tenía muy mala fama en toda la comarca. El anticuario, en efecto, estaba considerado como un hombre maldiciente y embaucador, carente de escrúpulos e incapaz de decir dos verdades seguidas. Algunos años atrás había sido incluso procesado por comprar objetos robados. ¿Qué es, pues, lo que pretendió el maquiavélico letrado recurriendo a un testigo de esas características?

Debemos movernos aquí por el terreno siempre resbaladizo de las conjeturas. Lo más probable, sin embargo, es que el abogado de Armando de Puyparlier pretendiese que el juez, que no ignoraba la talla moral de Hermitage, creyese la parte *a* de su testimonio (en la que habló de la dama enlutada y que coincidía exactamente con las declaraciones de Horace Legrand), pero que no creyese la parte *b*, en la que hizo referencia a la excelente vista del anciano. Y eso aunque sólo fuese por aquel refrán que asegura que no hay mentiroso de raza que pueda encadenar dos

verdades seguidas. Si Hermitage había agotado su dosis de sinceridad en la primera parte de su testimonio, no quedaba más remedio que suponer que mintió en la segunda parte, con lo que la tesis de la incapacidad visual de Gastón salía incluso reforzada del lance.

Pero eso no es todo. Después de su referencia a la dama enlutada (una alusión aparentemente inocente), el juez debió de formularse en su fuero interno algunas preguntas.

a) ¿Quién podía ser aquella mujer que tanto en la tiende de Horace Legrand (julio de 1872) como tres meses más tarde en la de Hermitage (noviembre de 1872), cubría su rostro con un velo, protestaba entre dientes y lanzaba suspiros de impaciencia? ¿Sería tal vez Dominique Vernier, es decir, la misma mujer que dos años después heredaría toda la fortuna del anciano?

b) ¿Y si Gastón de Puyparlier, seducido por aquella mujer de carácter dominante (así quiso darlo a entender, sobre todo, Hermitage al referirse a los suspiros de impaciencia y a los taconazos), hubiese perdido toda su voluntad? ¿Acaso no equivalen las tardías pasiones de los hombres otoñales y, sobre todo, francamente caducos, a una especie de trastorno mental que, como todo el mundo sabe, invalida cualquier acto jurídico?

Resumiendo: según Hermitage, Gastón de Puyparlier entró en su tienda acompañado por una mujer enlutada, con el rostro cubierto por un impenetrable velo. Luego, mientras Puyparlier contemplaba un precioso escritorio de caoba, la dama lanzó varios suspiros de impaciencia, como si estuviese ya hasta el moño de la premiosidad del anciano. En este último punto, sin embargo, lo más probable es que Maurice Hermitage no acertase a expresarse con propiedad, y que utilizase el término «suspiros», cuando en realidad hubiera querido decir «resoplidos».

El anticuario Hermitage, de cualquier modo, añadió que aquella mujer de rostro ignoto le produjo la impresión de ser una hembra de rompe y rasga, acostumbrada a someter a su voluntad a todas las personas que le rodeaban. Salvadas las distancias, una especie de Venus de las Pieles habituada a manejar, si no un látigo de siete colas, sí el látigo de la intransigencia y del egoísmo. Todo eso lo declaró, además, en la parte *a*, es decir, dentro de la parte creíble y creída de su testimonio.

¿Qué es, pues, lo que pretendió el abogado de la parte demandante al sugerir a su testigo que entrase en semejantes detalles? La respuesta parece muy simple: lo que buscó el astuto abogado fue indisponer al juez contra esa mujer misteriosa, a la que otros testigos identificarían luego como Dominique Vernier. De ese modo potenciaba la posibilidad de que, en caso de duda, el juez se inclinase por la anulación de un testamento que, en cierto modo, venía a premiar la crueldad y la astucia de una amante sin escrúpulos.

4. Michel Cordelier

Fue el cuarto testigo presentado por el abogado del joven Puyparlier. Michel Cordelier era un muchacho de aire taciturno que trabajaba como mozo de cuerda en Issy le Pompidou, pero que con anterioridad lo había hecho como mancebo de botica en la herboristería de François Récamier, que era, por otra parte, la única de la localidad.

En el establecimiento de François Récamier, en pleno centro de Issy le Pompidou, el bueno de Cordelier había tenido oportunidad de hablar en diversas ocasiones con el difunto Gastón de Puyparlier. Declaró, para empezar, que el día 4 de enero de 1870 (es decir, el mismo año que el doctor Verité diagnosticó a Puyparlier reumatismo articular), su patrón Récamier le envió a Ministrone con una doble misión:

a) Adquirir una buena provisión de hierba lenticularia y hojas de beleño, pues durante las últimas fiestas de Navidad se habían agotado todas las existencias.
b) Tratar de sorprender a Gastón de Puyparlier con la esposa de su principal, Ninette Récamier.

Consideraciones marginales a propósito de François Récamier

Antes de proseguir con el testimonio de Michel Cordelier nos parece conveniente acudir una vez más en ayuda del lector, facilitándole algunas noticias

sobre François Récamier y las razones que le asistieron para enviar a su mancebo de botica a Ministrone con la delicada misión de espiar a su esposa Ninette.

¿Quién fue, pues, ese François Récamier, fallecido también durante el mes de octubre de 1874, como Gastón de Puyparlier?

Todas las personas que tuvieron la oportunidad de conocerle personalmente coinciden en afirmar que fue una persona de carácter difícil, un sordo huraño y desconfiado que, sin embargo, exigía que le hablasen en voz baja, aun a riesgo de no oír nada y quedarse a dos velas. Su reputación como boticario, por lo demás, era excelente y se había extendido por toda la comarca, hasta el punto de que a su establecimiento acudía gente de todos los pueblos de los alrededores en busca, sobre todo, de sus cataplasmas para los sabañones, que él sabía preparar como nadie.

Cuando había cumplido ya los setenta años, Récamier tomó por esposa a Ninette Chantaclaire, hermosa campesina de veinte primaveras y de la que los maldicientes aseguraban con cierta insistencia que tenía tres pechos (es decir, tres senos) dispuestos en forma de triángulo.

Su fama de multimama (seguramente infundada), le atrajo pretendientes de todos los alrededores. Ninette, sin embargo, prefirió la candidatura de François Récamier, con quien se casó poco menos que secretamente (los matrimonios entre un anciano y una muchacha tienen siempre algo de vergonzoso) a últimos de mayo de 1869.

Habida cuenta de la disparidad de edades, no puede extrañar a nadie que el viejo boticario, durante

todo el tiempo que duró el matrimonio, viviese atormentado por la sospecha de que su esposa había accedido a casarse con él sólo por mejorar de posición social. «Creo que, en el fondo, Ninette no me ama», confesó tres meses después a Cordelier, su mancebo de botica, que en más de una ocasión le sirvió de paño de lágrimas.

Durante el otoño de 1869 el boticario participó por vez primera a Cordelier sus temores de que Gastón de Puyparlier (tan viejo, poco más o menos, como él, pero mucho más rico) estuviese tratando de seducir a su esposa. Le parecía francamente sospechoso que el anciano caballero, dos días por semana, acudiese personalmente a la botica en busca de abrótano macho, cuando tan fácil le hubiera resultado enviar a cualquiera de sus sirvientas.

Récamier confesó al mancebo de botica que sus sospechas eran más que fundadas y que se apoyaban sobre dos hechos fundamentales:

Primero. En las visitas de Gastón de Puyparlier a la botica (todos los martes y sábados, a las cinco en punto de la tarde), que coincidían precisamente con los días y con la hora en que Ninette abandonaba sus tareas domésticas y acudía a la tienda para ayudar a su marido.

Segundo. En las largas e intensas miradas que más de una vez sorprendió entre su esposa y su cliente, es decir, entre Ninette y Gastón de Puyparlier. Aquéllas, sin duda, eran las típicas miradas de inteligencia que se entrecruzan quienes tienen un importante secreto en común, o quienes, secretamente, se traen algo muy gordo entre manos.

Se comprobó poco después que las sospechas de Récamier sobre el desamor de su esposa no carecían por completo de fundamento, ya que pocos días antes de que se cumpliesen los primeros ocho meses de matrimonio (exactamente el 30 de diciembre de 1869), Ninette abandonó el hogar conyugal y se instaló en Ministrone, donde fundó una escuela de corte y confección. Luego, a partir de 1870, cuando los viajes de Gastón a la capital se hicieron más frecuentes, Récamier tuvo ya la certeza casi matemática de que Puyparlier iba a Ministrone con el único fin de reunirse con Ninette.

A lo largo de su declaración, Cordelier no hizo la menor referencia a los problemas oculares de Gastón de Puyparlier. Respondiendo a una serie de preguntas muy concretas, el antiguo mancebo de botica declaró que el día 4 de enero de 1870 sorprendió por fin al anciano terrateniente bajo los soportales de la plaza de la Égalité, en Ministrone, dando el brazo a una mujer que ocultaba el rostro tras un espeso velo negro. Siguió a la pareja hasta un restaurante, entró tras ellos y se sentó en otra mesa, junto a una columna, y desde allí les pudo observar sin ser visto.

Cuando la dama, para llevarse la primera cucharada de vichyssoise a la boca, no tuvo más remedio que levantar el velo con la mano que le quedaba libre, Cordelier pudo comprobar que no se trataba de la esposa de su principal. No, no, aquella mujer no era Ninette. Ni mucho menos. Se trataba, por el contrario, de la mujer más fea que había visto en su vida.

—Era mucho más joven que el señor Puyparlier —precisó—, pero tenía el rostro picado por la viruela, miraba, como dicen algunos, contra el gobierno y estoy por afirmar que le faltaban la mayor parte de los dientes.

Ni que decir tiene que el abogado de la parte demandante se apresuró a sacar el mayor partido del testimonio de Cordelier.

—Todo el mundo asegura —dijo, dirigiendo al juez una sonrisa entre apesadumbrada y nostálgica— que el amor es ciego, porque no ve los defectos de la persona amada. No faltan, tampoco, quienes dicen que el amor es, por el contrario, visionario, por ver en ese mismo ser amado virtudes de las que realmente carece. Citas y erudiciones aparte, sin embargo, nosotros, después de escuchar la declaración del señor Cordelier, no podemos por menos de preguntarnos: ¿Puede un hombre que conserve el sentido de la vista en medianas condiciones enamorarse de una mujer tan espantosa como la que acaba de describirnos el testigo con tanta maestría? ¿No constituye la suprema fealdad de esa mujer, que luego corroborarán otras personas, la mejor prueba de que Gastón de Puyparlier andaba muy mal de la vista y sólo podía distinguir a su enamorada en silueta, es decir, de una forma nebulosa, de modo parecido a como puede verse la luna con unos anteojos desenfocados? ¿La hubiera podido resistir un minuto a su lado, por lo menos en calidad de amante, de conservar su órgano de la visión en unas condiciones aceptables?

El abogado de Federica Vernier protestó con energía. Su réplica se apoyó en los siguientes puntos:

Primero. La belleza del alma es superior a la belleza del cuerpo.

Segundo. Los rostros hermosos sólo constituyen una recomendación tácita para el amor, no una razón determinante, porque las almas más deformes pueden alojarse en los más bellos edificios y viceversa.

Tercero. La fealdad de la acompañante de Gastón de Puyparlier no significaba pues, ni mucho menos, que el anciano terrateniente no estuviese enamorado de esa mujer. Con toda seguridad, Puyparlier podía distinguir claramente sus facciones y, a pesar de eso, sentirse profundamente enamorado de ella, sabedor de que lo que realmente importa de las mujeres no es la belleza física, sino la de sus almas, que es la única que perdura.

Observó además, como de pasada, que le parecía imprudente considerar cegato a un hombre que en el año 1870 todavía era capaz de viajar solo, es decir, sin necesidad de lazarillo, desde su residencia hasta Ministrone.

—Aún más —añadió al cabo de un momento, cuando parecía que había agotado su turno de réplica—. El señor Cordelier acaba de declarar que su principal le dijo que había sorprendido algunas miradas de inteligencia entre su esposa Ninette y Gastón de Puyparlier. Y lo que ahora nos preguntamos nosotros es lo siguiente: ¿Es que acaso los hombres cegatos o miopes pueden cruzar con otras personas miradas de inteligencia? ¿No está vedada esa forma de comunicarse y de establecer contacto con el prójimo a quienes ni siquiera son capaces de ver más allá de sus propias narices?

Recordó inmediatamente, apretando el acelerador, que —siempre según Cordelier— Gastón de Puyparlier acudía dos veces por semana a la botica de Récamier, concretamente los martes y los sábados, en busca de simiente de abrótano macho.

—¿Sabría usted enumerarnos ahora —preguntó al antiguo mancebo de botica— cuáles son las virtudes terapéuticas del abrótano macho?

Cordelier, que recordaba perfectamente todo lo que aprendió durante los años que trabajó en la botica, se las recitó de carrerilla. Respondió que las semillas de abrótano macho, cocidas o majadas crudas y bebidas con agua, constituían un excelente remedio contra la retención de la orina y contra la ciática y añadió que eran incluso muy útiles para los estrechos de tórax.

—¿Y para las afecciones de la vista? ¿Reportan también algún alivio?

—Sólo relativamente —respondió Cordelier—. Las simientes del abrótano, tanto si es macho como si es hembra, mitigan la inflamación de los ojos. Pero sólo si se aplican con membrillo cocido.

—¿Significa, pues, esa circunstancia que Gastón de Puyparlier, durante el otoño de mil ochocientos sesenta y nueve, acudía a la botica con los ojos inflamados?

Cordelier no tuvo más remedio que responder con una negativa y el abogado de la parte demandada sonrió con aire triunfal.

—¿Debe considerarse lógico, señoría —exclamó, dirigiéndose al juez—, que un hombre que padece una diabetes que le está dejando ciego visite regularmente una botica sin interesarse por alguna pócima

que sea capaz de aliviar su dolencia, aunque sólo sea parcialmente? ¿Debe considerarse normal que ese hombre se preocupe exclusivamente por la simiente de una planta que sólo sirve para combatir afecciones que posiblemente no padeció jamás? ¿No significa todo ello que durante el otoño de 1869 la vista del señor de Puyparlier no era tan mala como aquí se nos está intentando hacer creer?

Mientras el abogado de Federica Vernier formulaba esas preguntas, el rostro del letrado de la parte demandante no reflejó, sin embargo, la menor inquietud. Por el contrario, parecía satisfecho de que su colega, para defender la capacidad visual de Gastón de Puyparlier, y también para justificar su amor por la misteriosa dama enlutada, hubiese aludido a las pretendidas virtudes morales de esa mujer.

5. Martine Manteau

Se llamó al siguiente testigo y todas las miradas coincidieron en una mujer menuda, entrada en años, que luego, con una voz todavía vigorosa, declaró llamarse Martine Manteau y haber trabajado durante quince años como ama de llaves en la mansión de la familia Vernier, en la pequeña ciudad de Profiteroles, a pocos kilómetros de Issy le Pompidou.

—Porque esa dama de negro con el rostro cubierto por un velo, de la que tanto se está hablando aquí, no es otra que Dominique Vernier —declaró, con la expresión y el tono de quien ya no le importa compartir con los demás un gran secreto.

—¿Usted conoció personalmente a la señorita Dominique Vernier? —inquirió el abogado de la parte demandante.

Martine Manteau movió la cabeza solemnemente. «Sí», respondió por fin, con voz ronca, cuando el juez le pidió que fuese más explícita. Y con lo que añadió a continuación desmontó en un abrir y cerrar de ojos todas las hermosas argumentaciones del abogado de Federica Vernier a propósito de las pretendidas virtudes morales de la hermana de su clienta.

La señora Manteau, en efecto, conoció a Dominique Vernier cuando ésta no había cumplido aún los diez años. Fue, según sus propias palabras, una niña de carácter violento, y la edad, lejos de mejorarla, la hizo todavía peor, sobre todo después de que la viruela la dejase marcada para siempre.

—Aquel diablo, a quien espero que Dios haya perdonado, ni siquiera guardaba el debido respeto a su señora madre, que era un ángel de bondad con todo el mundo —declaró, sorbiéndose una lágrima con la punta de la lengua—. Sepan ustedes que Dominique, después de cumplir los catorce años, entró como pensionista en el convento de las Damas del Sacré-Coeur, en las afueras de Profiteroles, y que aquellas santas mujeres (me refiero, claro está, a las monjas) no tuvieron más remedio, a pesar de su paciencia, que expulsarla del colegio tres meses más tarde. Dominique regresó a casa y su carácter fue empeorando cada vez más. Odiaba a cuantas personas desaprobaban su conducta, a las sirvientas, a las institutrices e incluso al venerable sacerdote octogenario que visitaba diariamente a la señora Vernier y

que, a pesar de su provecta edad, todavía tenía a su cargo el curato de Profiteroles. ¡Ah, sí! ¡Aquella muchacha era una auténtica satanasa! Recuerdo muy bien que en cierta ocasión persiguió a su madre por todos los pasillos de la casa, dándole de puñetazos en la espalda.

A juzgar por el testimonio de Martine Manteau, por lo tanto, Dominique Vernier no fue, ni mucho menos, un ángel de bondad capaz de compensar con la belleza de su alma la fealdad de su rostro.

—No nos queda, pues, más remedio —proclamó el abogado de la parte demandante, apenas la señora Manteau descendió del estrado— que pensar que el señor Gastón de Puyparlier fue también una víctima inocente del carácter colérico de esa mujer y que si la soportó durante tres largos años fue sólo porque estaba convencido de que era una muchacha de gran belleza. Nosotros, en consecuencia, no tenemos más remedio que preguntarnos: ¿no constituye ese craso error la mejor prueba de que el señor de Puyparlier, tres años antes de su fallecimiento, estaba ya prácticamente ciego?

El abogado de la parte demandada, tras la intervención de su colega, volvió a dar muestras de su espíritu combativo.

—Dejando ahora al margen cualquier otra consideración —dijo, con acento arrebatado—, la belleza es un concepto relativo. Se encuentra en los ojos de quien la contempla, no fuera. Cada cosa, por lo tanto, tiene su belleza, aunque no todos los hombres puedan descubrirla. Esto no lo decimos nosotros, lo dijo hace ya muchísimos siglos el gran Confucio. El

señor Cordelier, en efecto, acaba de decirnos que Dominique Vernier fue una mujer fea, pero ¿quién puede asegurarnos que la idea que el señor Cordelier tiene de la belleza coincida con la que tuvo el señor Gastón de Puyparlier? ¿No fue Leonardo da Vinci quien dijo que nada engaña tanto como nuestro propio juicio? ¿No podía ser, por lo tanto, que el señor de Puyparlier encontrase en el rostro picado por la viruela de Dominique una clase de belleza sutil, una armonía indefinible, cósmica, que un simple mancebo de botica jamás podrá distinguir?

Pura retórica, que a juzgar por su expresión no pareció impresionar al juez.

—Le recuerdo —dijo el juez—, que no estamos aquí para discutir sobre cuestiones estéticas.

—En efecto, señoría —reconoció apresuradamente el abogado—, no estamos aquí para eso, sino para determinar si el señor Gastón de Puyparlier, durante la noche del doce al trece de octubre de mil ochocientos setenta y cuatro pudo leer por sí mismo el testamento que acababa de dictarle al notario Rousselin. Un testamento, por cierto, en el que acababa de instituir como heredera universal de toda su fortuna a la señorita Dominique Vernier, hermana y causante de mi distinguida clienta, Federica Vernier. Consideramos, sin embargo, que para la correcta resolución de este juicio puede resultar muy importante conocer las razones que pudo tener el señor Gastón de Puyparlier para amar locamente a Dominique, hasta el punto de nombrarla única heredera de toda su fortuna. Porque aquí parece, señoría, como si la pretendida fealdad de esa dama fuese motivo suficiente para

invalidar un testamento que su enamorado dictó en su favor. Muy bien, admitamos que la señorita Dominique Vernier fue un adefesio, concedamos la razón a nuestro ilustre colega, no nos importe hacerlo. Aunque eso fuese cierto, sin embargo, quedaría una circunstancia de la que todavía no se ha hablado aquí: Dominique Vernier, según todos los informes que obran en nuestro poder, fue una mujer con un esqueleto perfecto, de armoniosas proporciones. Y al decir esqueleto, como podrán ustedes suponer, no me estoy refiriendo únicamente al conjunto de huesos que componen nuestra estructura interna, sino, sobre todo, a la perecedera materia que recubre esos huesos. Dicho de otra manera, la señorita Vernier fue, y perdonen ahora la vulgaridad de la expresión, todo un tipazo. Conocido, pues, ese detalle, que me parece de la mayor importancia, formulémonos ya la gran pregunta: ¿no pudo bastar esa circunstancia para que Gastón de Puyparlier amase y desease locamente a Dominique Vernier? Así es, señoría, reconozcámoslo con franqueza, y no nos rasguemos las vestiduras por ello: hay hombres que lo que prefieren de una mujer es precisamente la plenitud de sus carnes y que se quedarían antes con un par de senos abundantes que con un par de ojos hermosos, pero desprovistos de guarnición. Si Gastón de Puyparlier perteneció a esa categoría de hombres, ¿cuál no sería su devoción por la señorita Dominique al comprobar que tenía tres senos, en lugar de los dos que se tienen normalmente?...

—¡Alto ahí! —le interrumpió en ese momento el abogado de la parte demandante—. Mi ilustre colega,

abrumado seguramente por el peso de nuestros argumentos, empieza ya a hacerse un lío. La mujer con tres senos fue Ninette, la esposa del boticario Récamier, no Dominique Vernier.

—De cualquier modo —puntualizó el juez, tras un breve carraspeo—, en ningún caso esos detalles fisiológicos tienen relevancia para lo que aquí estamos ventilando.

6. René Signoret

René Signoret, camarero del restaurante Les Escargots (el único restaurante de cierto tono que había en Ministrone), fue el siguiente testigo presentado por la parte demandante.

Signoret (un hombrecito menudo, de espesa cabellera negra aplastada al cráneo, bigotito recortado y sonrisa y ojos de batracia) reconoció inmediatamente a Gastón de Puyparlier en el daguerrotipo que le mostró el abogado y declaró que le había servido muchas veces en su restaurante, acompañado por Dominique Vernier, a la que reconoció también en el correspondiente daguerrotipo.

—Solían almorzar en nuestro restaurante los martes y los jueves de cada semana —recordó, entornando los párpados y atusándose el bigotito con la yema del índice, como si allí, en aquel ridículo mostacho, estuviese el órgano principal de su memoria—. Sí, sí, comían en Les Escargots todos los martes y jueves. Se sentaban casi siempre en la misma mesa y elegían invariablemente el mismo menú: caracoles a la bor-

goñona, que es la especialidad de la casa, y merluza en salsa de mostaza verde. Ella, me refiero a la señora o señorita que acompañaba al caballero, le separaba cuidadosamente las espinas de la merluza y él, mientras tanto, la contemplaba con expresión arrobada. Esa tarea, en los restaurantes de categoría, y el nuestro, sin duda, la tiene, corresponde a los camareros, pero cada vez que yo me ofrecía para ese fin, el señor rechazaba mi sugerencia con un ademán que no admitía insistencias. Por lo visto, al señor le gustaba que lo hiciese ella. La última vez que les serví fue, creo recordar, durante la primavera de mil ochocientos setenta y cuatro. Recuerdo que aquel día estaba lloviendo a mares y que en aquella ocasión la dama no debió de esmerarse lo suficiente en la limpieza de la merluza y el caballero se atragantó. Por un momento, viéndole enrojecer, pensé que se nos iba a quedar allí mismo. Cuando logró recuperarse a fuerza de comer migas de pan, recriminó a la señora por su descuido. Ella se puso entonces hecha un basilisco. Fue, a mi juicio, una reacción desproporcionada y por eso pensé que la cosa venía de más lejos.

»Durante un buen rato estuvo acusando al caballero de mezquino y egoísta. "Ni siquiera todos tus millones podrán conseguir que me convierta en tu esclava", exclamó. Le llamó también viejo inútil, baboso y otros piropos por el estilo que no voy a repetir ahora para no ofenderles los oídos. Aquella mujer, aparte de no ser precisamente una belleza, tenía muy mal genio, pero el señor soportó todos los insultos sin rechistar. Por fin, para rematar su filípica, ella le echó en la cara el vino que quedaba en una copa y

salió del restaurante arrastrando el mantel de la mesa y repitiendo a voz en cuello, desgañitándose, que todo había terminado entre ellos, que estaba ya harta de soportarle y que jamás volverían a verse.

»A partir de aquel día —continuó Signoret—, no volví a verles juntos. El señor estuvo en el restaurante otras tres o cuatro veces, es cierto, pero siempre solo y jamás volvió a pedir merluza. Tenía ya suficiente, por lo visto, con un platillo de sesos a la romana y una copita de vino blanco, que nunca apuraba. Se sentaba a la mesa de costumbre, eso sí, y no apartaba la mirada de la puerta, con la esperanza, eso es, por lo menos, lo que yo pensaba, de ver entrar a su enamorada. Un día dejó de venir y supuse que aquella historia de amor había terminado definitivamente.

—¿Ha dicho usted —le preguntó el abogado de la parte demandada— que mientras estaban juntos en el restaurante y ella le separaba las espinas de la merluza, el señor Gastón de Puyparlier contemplaba a su acompañante con una «mirada arrobada»? ¿Y ha dicho usted, asimismo, que luego, cuando Puyparlier estaba solo, no apartaba la mirada de la puerta, «con la esperanza de ver entrar a su enamorada»?

—Sí, eso es lo que dije —reconoció el camarero, advirtiendo que había metido la pata. Era ya tarde, sin embargo, para rectificar y Signoret se limitó a dirigir una brillante mirada al abogado de la parte demandante, como pidiéndole disculpas.

Comentarios al testimonio del señor René Signoret

Del testimonio del señor René Signoret se desprenden las siguientes conclusiones:

Primera. Gastón de Puyparlier y Dominique Vernier rompieron sus relaciones durante la primavera de 1874, es decir, algunos meses antes del fallecimiento del anciano caballero, acaecido, como se ha repetido tantas veces, durante la noche del 12 al 13 de octubre de 1874.

Segunda. Gastón, pese a todo, siguió enamorado de Dominique y así lo demostró instituyéndola una semana antes de fallecer heredera universal de todos sus bienes.

Tercera. A partir de la pelea en Les Escargots, y en las escasas ocasiones en las que estuvo en ese restaurante sin Dominique, Gastón de Puyparlier tuvo que conformarse con un platillo de sesos a la romana (que no ofrecen ningún problema a los cegatos), seguramente porque no se sentía ya capaz de separar las espinas de la merluza.

Cuarta. Pese a todo, durante la primavera de 1874 (volvamos a repetirlo, cuatro o cinco meses antes de morir), Puyparlier estaba todavía en condiciones de largas miradas embelesadas a su enamorada, mientras ella le limpiaba el pescado, como si aún pudiese distinguirla claramente.

Quinta. Dominique Vernier (como ya había declarado con anterioridad la señora Manteau) era una mujer de armas tomar y, además, muy poco agraciada físicamente, pero que ejercía una morbosa influencia

sobre el anciano terrateniente. Cierto que fue ella quien, según Signoret, decidió romper con Gastón, como si le importase un comino la posibilidad de un testamento a su favor, pero vale la pena preguntarse: ¿y si ella hubiese provocado la ruptura, esperando que el viejo, para recuperar su amor, la instituyese heredera universal, tal como sucedió luego?

Sexta. La señorita Dominique Vernier parecía, pues, corresponderse perfectamente con la idea que algunos misóginos distinguidos tienen de las mujeres, a las que consideran pérfidas reinas de la astucia y del fingimiento.

7. Arístides Lafayette

Fue el séptimo testigo presentado por la parte demandante. Arístides Lafayette, veterano recaudador de impuestos de la circunscripción de Ministrone, era un hombre diminuto, de aspecto tímido. Salvadas las distancias, una especie de ratoncillo humano. Durante todo el tiempo que estuvo en el estrado se mantuvo con la mirada puesta en el suelo, como avergonzado de continuar vivo en un mundo donde cada día morían personas inteligentes y hermosas. Ofreció, en cierto modo, la imagen del funcionario conocedor de sus limitaciones, sin imaginación para la mentira y la adulación y condenado, por lo tanto, a permanecer durante toda su vida en los puestos más humildes del escalafón.

Queremos señalar, no obstante, nuestras prevenciones contra los hombres de aspecto inofensivo y

humilde, porque sabemos que los peores venenos se guardan algunas veces en los frascos de aspecto más insignificante. Arístides Lafayette, al fin y al cabo, fue una pieza más en el complicado engranaje testifical del abogado de la parte demandante. He aquí el resumen de su declaración:

—Hace treinta y cinco años —empezó diciendo— que soy recaudador de contribuciones en la demarcación de Ministrone. Conocía al señor Gastón de Puyparlier, que Dios tenga en su gloria, desde el año 1852, y puedo asegurarles que siempre cumplió escrupulosamente sus obligaciones fiscales y que jamás escuché de sus labios una frase de protesta o de recriminación por la política fiscal del Estado, del que, al fin y al cabo, yo sólo era y continúo siendo un humilde representante. Tan modélico era el comportamiento fiscal del señor Puyparlier que más de una vez le puse ante mis superiores como ejemplo del buen contribuyente.

»Recuerdo, sin embargo, que el día que le visité por última vez le encontré bastante nervioso. Fue exactamente, lo tengo anotado en esta libreta, el día doce de septiembre de mil ochocientos setenta y cuatro. Cuando le mostré el recibo, me refiero al recibo del impuesto de la contribución rústica correspondiente al primer semestre de aquel año, lo cogió entre el pulgar y el índice y durante un par de minutos, que me parecieron interminables, lo mantuvo pegado a la nariz mientras murmuraba por lo bajo algunas palabras cuyo sentido no llegué a comprender. Se puso luego a contar las monedas que había sacado de una arquita que guardaba en la alacena y enseguida ad-

vertí que separaba más dinero del que era necesario para cancelar el recibo. Se lo hice notar y entonces devolvió las monedas a la arquita y sin hacer ningún comentario salió del despacho tropezando con la escupidera de bronce que estaba en un rincón.

»Durante cinco minutos —prosiguió Lafayette sin levantar la mirada, como si todos sus recuerdos estuviesen por los suelos— le oí cuchichear en la habitación vecina con una sirvienta. En un momento determinado subió el tono de voz y le oí quejarse con amargura del comportamiento de una mujer, con la que el día antes, según sus propias palabras, claro está, había discutido violentamente en público. Regresó por fin al despacho y volvió a preguntarme el importe del recibo y otra vez contó más monedas de las que necesitaba para pagarme. Entonces me creí obligado a echarle una mano y fui colocando las monedas que él iba dándome en montoncitos de cinco unidades cada uno. Lo hicimos así hasta completar el total de cuatrocientos francos, que era exactamente el montante del recibo.

»"Ya ves lo que son las cosas, mi buen Arístides", me dijo por fin, con una melancólica mirada que parecía escaparse al mismo tiempo en todas direcciones. "Entre todas las desgracias que pueden afligir el corazón de un hombre, la peor es la de haber sido feliz."

»Y la verdad es que no sé qué es lo que quiso darme a entender con esas palabras.

Comentarios al testimonio de Arístides Lafayette

El recaudador de contribuciones rubricó su declaración con una humilde sonrisa, como pidiendo disculpas a todos los circunstantes por sus balbuceos y, en general, por su aspecto insignificante. A primera vista, su testimonio fue sincero y simple. Resultó, además, de la máxima importancia para demostrar que el día 12 de sepiembre de 1874 (es decir, dos meses antes de que falleciese) el señor Gastón de Puyparlier era ya tan cegato que no fue capaz de contar unas cuantas monedas.

A nuestro juicio, sin embargo, la declaración de Lafayette ofreció dos puntos débiles:

Primero. No precisó si Gastón de Puyparlier, el día 12 de septiembre de 1874, usó o no usó gafas. Es de suponer que no las utilizó, pues de otro modo Lafayette se hubiese apresurado a resaltar esa circunstancia. Declaró, exactamente, que el señor de Puyparlier recogió el recibo que le presentaban al cobro entre el pulgar y el índice, y que durante un par de minutos lo mantuvo pegado a la nariz, es decir, dijo «pegado a la nariz», y no «pegado a las gafas».

Por lo tanto, de ser cierto que aquel día los tantas veces repetidos problemas oculares impidieran a Gastón separar ochenta monedas de cinco francos cada una, ¿por qué no recurrió a las gruesas gafas que dos años antes había utilizado ya en la tienda de Legrand y que muy posiblemente conservaba todavía en algún rincón de su casa?

Segundo. Lafayette puso también mucho cuidado

en dejar claro que aquel día el señor Gastón de Puyparlier fue incapaz de separar las ochenta monedas de cinco francos que precisaba para satisfacer el recibo de cuatrocientos francos. Declaró, asimismo, que tuvo que ayudarle en ese menester y que el anciano caballero aceptó su ayuda sin rechistar.

El abogado de la parte demandada pasó por alto el primero de esos dos puntos débiles, pero no el segundo. Con particular brillantez (tal vez para compensar su resbalón de antes, atribuyendo a Dominique Vernier los tres senos que en realidad pertenecían a Ninette Récamier) se refirió a la pretendida imposibilidad de Gastón de Puyparlier para separar las ochenta monedas de cinco francos.

—¿Es que el órgano de la vista, señoría, resulta absolutamente necesario para contar unas cuantas monedas? ¿No es acaso el sentido del tacto el que más importa para realizar ese tipo de operaciones? Ha dicho también mi ilustre colega que el señor Gastón de Puyparlier, después de su primera tentativa, y tras hablar durante algunos minutos en la habitación contigua con una sirvienta, regresó al despacho y volvió a preguntarle cuál era el importe del recibo, como si no le hubiese entendido la primera vez, o ya lo hubiese olvidado. ¿No demuestra esa reiteración que el infeliz Puyparlier estaba preocupado por otros pensamientos que muy poco tenían que ver con sus prosaicas obligaciones fiscales? ¿No resulta más lógico atribuir su torpeza con las monedas, no a sus problemas oculares, sino a alguna ofuscación pasajera que le impidió concentrarse debidamente en lo que estaba haciendo?

Vayamos todavía un poco más lejos: la visita del recaudador Arístides Lafayette al señor Gastón de Puyparlier tuvo lugar el día 12 de septiembre de 1874. Mientras Gastón estaba en la habitación vecina hablando con una doméstica, nuestro honrado funcionario le oyó decir que unas semanas antes, seguramente a últimos de agosto, había discutido violentamente en público con una mujer. No hay duda, pues, de que se refería a la pelea que Gastón sostuvo con su enamorada en el restaurante Les Escargots, es decir, a la misma pelea de la que nos habló hace un momento el señor Signoret.

Siendo pues así, nosotros no podemos por menos de formulamos dos preguntas.

Primera pregunta:

¿Puede un hombre, cuando solamente han transcurrido unos meses desde que perdió irremediablemente al gran amor de su vida, pensar en otra cosa que no sea en su enamorada?

Segunda pregunta:

¿Y si hubiese sido todavía esa ruptura amorosa la causa de la ofuscación a la que nos hemos referido hace un momento, y que, como también hemos dicho, impidió a Puyparlier concentrarse debidamente en el recuento de unas cuantas monedas? Cierto que desde el día de la ruptura habían pasado ya alrededor de cinco meses y que en ese tiempo los hombres normales tienen ya tiempo para considerar las cosas con calma y empezar a resignarse a su nueva situacion, pero ¿puede aplicarse también ese razonamiento a un anciano como Gastón de Puyparlier que, al saberse abandonado por Dominque, com-

prendió que había pedido la última oportunidad de su vida, es decir, que se había quedado definitivamente solo en este mundo?

Nosotros, sinceramente, pensamos que sí. La consciencia de su irremediable soledad afectó gravemente al anciano caballero y ese penoso sentimiento se prolongó durante los meses que siguieron al día en que Dominique y su anciano enamorado partieron peras.

Somos pues de la opinión de que el señor Gastón de Puyparlier, en un estado normal, hubiera podido, incluso a ciegas, contar las monedas precisas para pagar el recibo. La simple debilitación de sus órganos visuales, por muy acusada que fuese, no nos parece motivo suficiente para explicar su torpeza en una operación en la que, sobre todo, como hizo notar el abogado de la señorita Federica Vernier, importa el tacto.

De todos modos, no creemos que el verdadero objetivo de la declaración de Lafayette fuese, simplemente, el de reforzar la hipótesis de la incapacidad visual de Gastón, sino sobre todo, el de insistir sobre la nefasta influencia de Dominique sobre el madurísimo caballero. Una mujer que supo hacerle feliz, es cierto, pero que luego, por un quítame allá esas pajas, le negó bruscamente esa felicidad, convirtiéndole en el ser más desgraciado de la tierra.

Lo que pretendió el abogado de la parte demandante, por lo tanto, fue cargar todavía más las tintas en la imagen de una amante cruel y ambiciosa, capaz de alterar gravemente el equilibrio mental y psicológico de un hombre que se encontraba ya en el ocaso de la vida.

8. Cornelio Rocheteau

Compareció por fin el último testigo de la parte demandante. Fue el señor Cornelio Rocheteau, ex alcalde de Ministrone y, a la sazón, presidente del Círculo Recreativo de la localidad.

Declaró el señor Rocheteau que a partir de la primavera de 1869 Gastón de Puyparlier empezó a frecuentar el casino, del que era socio desde hacía muchos años, aun sin participar jamás en las tertulias ni en los actos que se organizaban regularmente. Todos los miércoles, a las cinco de la tarde, se le veía entrar en el vetusto caserón con la cabeza baja y las manos metidas en los bolsillos del gabán. Respondía al saludo del conserje con un breve movimiento de cabeza y subía lentamente al segundo piso, camino del salón de lectura, apoyando pesadamente la planta de los pies en cada peldaño y agarrándose con fuerza al pasamanos de la escalera.

—La última vez que le vi —declaró el señor Rocheteau— fue durante la tarde del dieciséis de septiembre de mil ochocientos setenta y cuatro. Estaba sentado en su butaca habitual, junto a la ventana que da a la plaza, leyendo una revista. Por un momento pensé en acercarme para saludarle, pero en el último instante cambié de idea, pues le vi tan concentrado en la lectura que no quise molestarle. Me senté en una butaca vecina y durante un buen rato estuve observándole a hurtadillas, esperando un momento más favorable para dirigirle la palabra y proponerle que se decidiese a formar parte del jurado que cada año otorga un premio al vecino más feo de la locali-

dad, sobre todo teniendo en cuenta que aquel año teníamos ya previsto conceder el primer premio a uno de los peones que trabajaban en su finca, un tal Perafitte. De pronto unos niños empezaron a gritar en la plaza y me acerqué a la ventana para reprimir a los alborotadores, que molestaban a los lectores del salón. Al pasar por detrás de Puyparlier quise ver qué era lo que estaba leyendo con tanta atención y comprobé que se trataba del último fascículo de la *Guía del moderno granjero*, que habíamos recibido aquella misma mañana. Lo que más me sorprendió, sin embargo, fue que el señor Gastón de Puyparlier mantuviese la revista al revés, es decir, cabeza abajo, lo que, según cómo se mire, no deja de ser una forma de leer bastante extraña.

Apenas Cornelio Rocheteau descendió del estrado el abogado de la parte demandante abombó ligeramente el pecho y dirigió al juez una de sus brillantes sonrisas.

—Nos parece ya fuera de toda duda —dijo—, que el señor Gastón de Puyparlier, el día dieciséis de septiembre de mil ochocientos setenta y cuatro, es decir, aproximadamente un mes antes de que se produjese su óbito, era ya incapaz de leer. De otra forma, no hubiese mantenido la revista al revés, porque ni siquiera los que gozan de buena vista son capaces de leer un texto puesto cabeza abajo. Por alguna oscura razón, sin embargo, Puyparlier se negaba a reconocer, por lo menos en público, que, de hecho, se había quedado prácticamente ciego. No quería, por

lo visto, que sus paisanos y contertulios conociesen su grave afección ocular, y para disimularla, recurrió incluso a la burda comedia de la lectura.

»Sí, sí, no hay duda —continuó diciendo el astuto abogado—. Cualquier otro hombre, en su situación, se hubiera resignado a permanecer recluido en su casa, sin salir ya de sus habitaciones, viviendo de recuerdos. Gastón de Puyparlier, sin embargo, no dio su brazo a torcer y se consideró obligado a demostrar a todo el mundo que continuaba siendo un hombre válido. ¿Por qué, sin embargo, esa obsesión? ¿Por qué tanto empecinamiento?, podríamos preguntarnos. La respuesta a esa pregunta nos parece muy simple: Gastón de Puyparlier, como nos ha dicho hace un momento el señor Signoret, había sido abandonado por la señorita Vernier un mes antes de su grotesco fingimiento de lectura en el casino, y el infeliz caballero, sin duda, seguía más empeñado que nunca en demostrar a todo el mundo (puede, incluso, que en demostrarse también a sí mismo, que no era un viejo caduco, sino que, como pretendía dar a entender con su fingida lectura de la *Guía del moderno granjero*, continuaba preocupándose por mejorar sus conocimientos agrarios y por introducir en sus latifundios las últimas técnicas de cultivo descubiertas, como si estuviese convencido de que le quedaban aún muchas cosechas por recoletar.

—Cuidado, cuidado —intervino entonces el abogado de la parte demandada—. ¿Cómo podría explicar entonces mi ilustre colega que un hombre que es incapaz de separar las espinas de la merluza y que ni siquiera advierte que abre las revistas al revés sea, por otra parte, capaz de encontrar sin ayuda de nadie el

largo camino que va desde su casa al casino, subir luego por la escalera, aunque sea lentamente y apoyándose con fuerza al pasamanos, llegar al segundo piso, cruzar sin problemas el amplio salón de lectura y encontrar, finalmente, su sillón favorito junto a la ventana? ¿Qué interés podía tener en ocultar a los demás su condición de inválido? ¿Por qué se iba a exponer a romperse la crisma andando solo por la calle, cuando tan fácil le hubiese resultado reclutar un batallón de lazarillos? ¿No resulta más sencillo y lógico suponer que en las pupilas de Gastón de Puyparlier quedaba más luz de la que suponen algunos?

—Mi admirado colega —replicó el abogado de la parte demandante, devolviéndole el piropo—, hace bien en suponer que para un hombre que, de hecho, se ha quedado ciego, resulta prácticamente imposible recorrer un par de kilómetros sin ayuda de alguien. No estará de más, sin embargo, recordar ahora un refrán que solía repetir el párroco de mi pueblo: a los mirlos del campanario no les asustan los golpes del badajo. Con ese refrán aquel buen sacerdote quería decir a sus feligreses que el hombre, como el mirlo, es también animal de costumbres. El señor Gastón de Puyparlier, en efecto, conocía a la perfección las calles de su Ministrone y, desde luego, sus escasos edificios públicos. ¿Acaso no hemos visto alguna vez ciegos de nacimiento andando sin necesidad de lazarillo por las calles más concurridas de alguna ciudad, y que, finalmente, llegan con toda facilidad a su destino? ¿No evitan los ciegos con su bastón el mismo pozo en el que antes o después caen fatalmente más de cuatro videntes?

Con el señor Cornelio Rocheteau, como ya dijimos más arriba, se agotó la lista de testigos presentados por el abogado de la parte demandante.

Puede decirse, a modo de resumen, que todos esos testigos, convenientemente aleccionados por el astuto letrado de Armando de Puyparlier, trataron de persuadir al juez no sólo de los gravísimos problemas oculares de Gastón de Puyparlier (y, por lo tanto, de su incapacidad para leer su testamento), sino también de la nefasta influencia que Dominique Vernier (a pesar de su fealdad y de su mal carácter) ejerció sobre el anciano.

Todos los testigos, en efecto, hablaron de una mujer egoísta y brutal, indigna de recibir en herencia la cuantiosa herencia del mismo hombre al que ella había hecho víctima de todas sus insidias y maldades.

De ese modo, previendo la posibilidad de que la ceguera del causahabiente no quedase suficientemente demostrada, el abogado del sobrino calavera esperaba crear en el juez una cierta predisposición contra Dominique Vernier, que le inclinase luego a pronunciar una sentencia favorable a los intereses de su cliente.

Testigos presentados por la parte demandada

Los testigos presentados por el abogado de la parte demandada, es decir, por el abogado de la señorita Federica Vernier, trataron, como es lógico, de dejar bien claro que Gastón de Puyparlier no era tan cegato como para que, durante la noche de marras, no hubiese podido leer su testamento y comprobar de ese modo tan simple la fidelidad del notario Rousselin a lo que él acababa de dictarle.

Procuraron, asimismo, convencer al juez de que Dominique Vernier no fue, ni mucho menos, la perversa criatura que habían descrito los testigos de la parte demandante, y que la herencia que había recibido de su enamorado podía considerarse, en cierto modo, como un premio a los solícitos cuidados que aquella joven mujer dispensó al anciano terrateniente durante los últimos años de su vida.

1. Justine Fourcassié

Justine Fourcassié era una mujer de mediana edad, prieta de carnes severamente encorsetadas y mirada de halcón. Fue el primer testigo presentado por el abogado de la parte demandada.

Declaró, respondiendo a la primera pregunta, que desde el mes de octubre de 1869 hasta noviembre de 1874 sirvió como ama de llaves en la mansión de Gastón de Puyparlier, y que desde el primer momento sintió por su señor un profundo respeto y admiración.

—Cuando empecé a trabajar a sus órdenes —dijo, con su mirada de ave de cetrería nublada por las lágrimas—, el señor de Puyparlier estaba atravesando una profunda depresión motivada por el reciente fallecimiento de su señora madre. Recuerdo que durante las primeras semanas que siguieron a los funerales se pasaba las horas muertas encerrado en los aposentos que habían pertenecido a la difunta, sin permitir que nadie entrase en ellos. Durante muchos días fue el mismo señor quien cuidó personalmente de aquellas habitaciones llenas de frágiles porcelanas. Fue él mismo, pues, quien cada día pasaba amorosamente el plumero por los muebles y quien cuidaba de las flores y de los tapices, manteniéndolo todo limpio como una patena, como si su señora madre fuese a regresar el día menos pensado. Comprendió por fin que nadie regresa del otro mundo y que no podía pasarse toda la vida llorando, así que poco a poco fue rehaciéndose y levantando cabeza. Sus viajes a Ministrone se hicieron cada vez más frecuentes

y llegó el día en que, con el natural distanciamiento que conviene a los señores cuando hablan con sus sirvientes, me confesó ilusionadamente que había conocido en la ciudad a una muchacha encantadora, a la que llamó Dominique.

Respondiendo a otras preguntas concretas, Justine Fourcassié declaró, en síntesis, lo siguiente:

Primero. Que jamás conoció a un hombre que sintiese tanta veneración por su difunta madre como la que sentía Gastón de Puyparlier por la suya.

Segundo. Que no llegó a conocer personalmente a la señorita Dominique Vernier y que, por lo tanto, no podía opinar sobre su aspecto físico (ni siquiera tenía conocimiento de que la señorita Vernier tuviese el rostro arruinado por la viruela), pero que, habida cuenta de la bienhechora influencia que aquella mujer ejerció sobre su señor, la tuvo siempre por un ángel resplandeciente de bondad.

Tercero. Que no por ello dejaba de reconocer que, tras sus cortas estancias en Ministrone, su señor regresaba a casa extenuado y con profundas ojeras.

Cuarto. Que su señor utilizaba gafas sólo en muy contadas ocasiones.

Quinto. Que una mañana descubrió una lupa en uno de los cajones del escritorio, pero que el propio señor le explicó luego que aquello se trataba de un simple capricho y que siempre, desde su más tierna infancia, le había gustado ver las cosas más grandes de lo que realmente son.

Sexto. Que durante el mes de agosto de 1874, después de dos días de estancia en Ministrone, su señor regresó a casa sumido en un profundo abati-

miento y que, a partir de aquel día, su carácter se hizo todavía más huraño.

Séptimo. Que aproximadamente algunas semanas más tarde, entrado ya el mes de septiembre, cuando el capataz Gastón Lacroix le pidió autorización para contratar un equipo de vendimiadores, su señor le mandó al cuerno, diciéndole con amargura que para Gastón de Puyparlier «habían pasado ya los felices tiempos de la vendimia».

Octavo. Que a partir de aquel incidente, y hasta que algunos días más tarde cayó enfermo, Gastón de Puyparlier solía permanecer casi todo el día encerrado en sus habitaciones y que, en las contadas ocasiones en las que se dejaba ver, se mostraba más receloso y desconfiado que nunca.

Noveno. Que ella, a pesar de no ser una mujer de muchas luces (así lo reconoció con un profundo suspiro ante el juez, aunque era evidente que pensaba de forma muy distinta), llegó a la conclusión de que su señor vivió las últimas semanas de su vida atormentado por la sospecha de que alguien se proponía asesinarle.

Décimo. Que el día primero de octubre (después de una noche en la que le oyó gritar y lamentarse hasta altas horas de la madrugada) Gastón de Puyparlier reunió a toda la servidumbre en el salón principal de la mansión para hacerles constar que sabía perfectamente que uno de sus criados pretendía envenenarle.

Algunas consideraciones sobre
el testimonio de la señora Justine Fourcassié

Vale la pena señalar ahora que la señora Fourcassié ofreció, por primera vez en todo lo que se llevaba de juicio, una imagen positiva de la señorita Dominique Vernier, considerándola como un elemento estimulante en la vida de un hombre que, hasta que la conoció, había vivido sumido en una profunda depresión.

Tras la intervención de la señora Fourcassié (y una vez que se hizo público el intenso amor que Gastón de Puyparlier sintió por su madre) se abrieron, pues, nuevas e interesantes posibilidades:

¿Y si el anciano caballero se hubiese enamorado de Dominique porque (viruelas aparte) hubiese descubierto en el rostro de aquella muchacha ciertos destellos que le recordaban a la madre que había perdido para siempre?

¿Y si Gastón de Puyparlier hubiese encontrado en el rostro de aquella joven mujer algún detalle (tal vez el modo de fruncir los labios, o de alzar las cejas, quizás el dibujo del lóbulo de la oreja) que le hiciese pensar que su madre, contra lo que pensaba todo el mundo, no había muerto completamente? ¿No justificaría esa circunstancia su fulminante enamoramiento e incluso cualquier testamento otorgado precisamente a favor de la persona que había hecho posible ese milagro?

El abogado de la parte demandada, al exponer esa posibilidad, se refirió a la llamada «situación de Edipo».

—Es evidente —dijo, apenas la señora Fourcassié descendió del estrado—, que las relaciones del llamado complejo de Edipo se basan siempre, o casi siempre, en la debilidad infantil y en las normas impuestas por la sociedad. Los muchachos, en consecuencia, deben renunciar a la satisfacción de sus recónditos deseos, y de ese modo renunciar también a la satisfacción de sus sentimientos edípicos. Esos sentimientos, sin embargo, no se extinguen por completo. Por el contrario, continúan viviendo en el inconsciente y la represión sólo será efectiva cuando se logre que influya de modo especial en el acto psíquico consciente.

»Eso fue, sin lugar a dudas —prosiguió el letrado, mientras se preguntaba interiormente si alguno de los circunstantes le estaría entendiendo—, eso fue, digo, lo que le sucedió al señor Gastón de Puyparlier. Lo que nos preguntamos ahora, sin embargo, es lo siguiente: ¿y si al conocer a la señorita Dominique Vernier (lo que aconteció, no lo olvidemos, a las pocas semanas de ocurrido el óbito de su señora madre y, por lo tanto, de haberse quedado huérfano), aquel sentimiento edípico oculto hasta entonces hubiese emergido de forma arrolladora desde lo más profundo del inconsciente, dando lugar a las llamadas formaciones compensadoras? De haber sucedido así, señoría, y nada nos obliga a suponer lo contrario, ¿a quién le importaría ahora determinar si la señorita Vernier fue un adefesio y, además, una mujer desprovista de escrúpulos? ¿Quién se atrevería ya a poner en tela de juicio la validez de un testamento motivado, no por un insensato arrebato pasional, como aquí se preten-

de, sino por un sentimiento tan sagrado y profundo como es la devoción a la madre difunta? ¿Podría admitirse que una simple afección visual, por otra parte, todavía no demostrada, fuese razón suficiente para anular un testamento con el que el causante quiso premiar a una mujer que había venido a demostrarle que su madre, de algún modo, continuaba viva?

—Protesto —exclamó el abogado de Armando de Puyparlier, apenas su colega acabó de hablar—. Mi dignísimo colega ha fundamentado su discurso en una simple hipótesis. Nadie, en efecto, ha podido demostrar fehacientemente que la señorita Dominique Vernier tuviese alguna semejanza con la madre de Gastón de Puyparlier. La imperiosa necesidad de defender lo que, a nuestro juicio, es indefendible, le lleva a moverse por el terreno nada fiable de las suposiciones y de las conjeturas.

El testimonio de Jutine Fourcassié sirvió además para demostrar que Gastón de Puyparlier vivió las últimas semanas de su existencia obsesionado por la idea de que alguien pretendía asesinarle. Este punto nos parece de la máxima importancia y merece ser tratado con especial atención y prudencia. El abogado de la parte demandada, al decidir que la señora Fourcassié facilitase esa información, se arriesgó a utilizar un arma de doble filo:

a) Por una parte, ciertamente, dio motivo para que el juez pensase que podía existir una misteriosa persona que quisiese acabar con la vida

del viejo Puyparlier antes de que el anciano pudiese testar en favor de Dominique Vernier.

b) Por otra, sin embargo, introdujo el riesgo de que, si no se demostraba cumplidamente que esas sospechas eran fundadas, el juez pudiese dudar del equilibrio mental del anciano y, en consecuencia, de su capacidad legal para otorgar testamento.

No es de extrañar, por lo tanto, que el abogado de la parte demandante dirigiese sus disparos en esa dirección.

—¿Puede usted explicarnos, señora Fourcassié —preguntó a aquella buena mujer—, por qué razón o razones temía su señor que alguien tratase de envenenarle?

La señora Fourcassié torció el gesto. Esperó que el abogado repitiese la pregunta y antes de decidirse a responder movió varias veces la cabeza, como lamentando que los más íntimos sentimientos de su señor se estuviesen ventilando en público. Suspiró por fin profundamente y dio la impresión de liarse la manta a la cabeza.

Declaró que su señor, en efecto, vivió los últimos días de su existencia (concretamente las dos últimas semanas) atormentado por la posibilidad de morir envenenado por alguno de sus sirvientes, «comprado (según palabras del propio Puyparlier) por la avaricia de una persona despreciable». Dijo también que su señor, al confesarle sus temores (porque a ella se los confesó, además, en privado) no le dio la menor pista de quién pudiera ser esa «persona despreciable».

—Una noche —recordó la señora Fourcassié—, el señor me llamó a su alcoba. Acudí con presteza y le encontré en paños menores y en un estado de profunda agitación. «Vea usted, señora Fourcassié», exclamó. «Aquí tengo por fin la prueba de que mis sospechas no carecían de fundamento.» y me mostró la camiseta blanca que había llevado durante aquellos últimos días, con unas manchas amarillas que se correspondían con la zona de los sobacos. Me dijo que estaba convencido de que el proceso de su envenenamiento se había iniciado hacía ya algunos días y que su sudor empezaba a hacerse ponzoñoso, dejando incluso manchas indelebles en su ropa interior.

»Al día siguiente —prosiguió la señora Fourcassié— no quiso probar la ensalada que, como siempre, le había preparado Henriette, la cocinera, porque le pareció que la zanahoria «era demasiado amarilla». Reclamó en el comedor la presencia de aquella buena mujer (que llevaba varios años sirviendo en la casa) y, sin más, la despidió a cajas destempladas. Dos días después hizo lo mismo con Paulette, la cocinera sustituta, acusándola de echar polvos matarratas en la sopa. Fueron inútiles todos los esfuerzos que hice para convencerle de que tanto Henriette como Paulette le habían sido siempre completamente fieles y que jamás podría encontrar otras sirvientas más leales.

»Después de la marcha de Paulette tuve que encargarme personalmente de la cocina, convencida de que yo, por lo menos, me vería libre de sus sospechas, pero me equivoqué. Al cabo de dos días me llamó con urgencia a su despacho. "Me consta", dijo, "que también vos os habéis confabulado con ese

crápula, que Dios confunda, y que intentáis envenenarme". Esas injustas palabras provocaron mi indignación y en aquel preciso instante le comuniqué mi decisión de despedirme. Fui a mi cuarto y empecé a preparar la maleta, pero cuando no habían pasado aún cinco minutos vino el señor y con lágrimas en los ojos me pidió perdón. Entonces comprendí que estaba atravesando una delicada crisis y que podía ser incluso que tuviese sus razones para sospechar que alguien quería atentar contra su vida.

»Acepté, pues, sus disculpas y durante un buen rato estuvimos llorando juntos.

—¿Quién supone usted, señora Fourcassié —le preguntó el abogado de la parte demandada—, que podía ser ese «despreciable crápula» del que le habló en cierta ocasión su señor? ¿Tal vez algún criado? ¿Quizá cierto miembro de su propia familia, tristemente famoso por sus licenciosas costumbres?

Hubo protestas apasionadas por parte del abogado de la parte demandante, aceptadas por el juez, y la señora Fourcassié prosiguió su declaración. Dijo, a instancias del abogado de Federica Vernier, que, pese a todo, su señor no tenía ningún motivo concreto para temer que alguno de sus criados pudiese envenenarle. Afirmó, por el contrario, que toda la servidumbre idolatraba a su amo, quien, pese a su carácter taciturno y poco dado a conceder confianzas, había dado siempre pruebas de su generosidad y largueza. Tanto Henriette como Paulette, las cocineras despedidas, abandonaron la mansión en la que habían servido durante tantos años llorando con desconsuelo, pero sin osar defenderse de las graves acusaciones de

las que habían sido objeto, porque eso hubiese significado tanto como contradecir a un caballero por quien ellas, a pesar de todo, continuaban sintiendo un profundísimo respeto.

—Es una pena —se lamentó la señora Fourcassié, secándose los ojos con el pañuelo— que hoy no abunden ya aquellos buenos criados de antaño, capaces de llevar la devoción que sentían por sus señores hasta los límites de la abnegación y del sacrificio.

—Puede que tenga usted razón —admitió el abogado de la parte demandante, pensando que no era aquél el momento oportuno para entrar en polémicas y en discusiones sociológicas sobre la idiosincrasia y el comportamiento de los criados a través de los tiempos—, pero volviendo al tema que realmente nos interesa, ¿no se le ocurrió pensar alguna vez, a la vista de los infundados temores de su principal, que el señor Gastón de Puyparlier podía haber perdido el juicio?

—Yo no he dicho en ningún momento que sus temores fuesen infundados —respondió enigmáticamente la señora Fourcassié—. Sólo dije, y lo repito ahora, que se equivocaba al suponer que la mano asesina pudiese esconderse entre su propia servidumbre. Y dije, también, que tal vez mi señor tuviese sus razones para pensar que alguien quisiese envenenarle.

A pesar de las precisiones de la señora Fourcassié, el abogado de la parte demandante no dejó escapar la oportunidad, que se le había brindado en bandeja de oro, de poner en tela de juicio la cordura de Gastón de Puyparlier.

—Hasta ahora —dijo, en una posterior intervención— nos hemos preocupado exclusivamente por determinar si el señor Gastón de Puyparlier pudo o no pudo leer su testamento en presencia del difunto notario Rousselin, quien, incomprensiblemente, olvidó consignar esa circunstancia en el documento. Pero ¿y si nos encontrásemos simplemente ante un típico ejemplo de locura lipemaníaca, con delirio parcial de persecución? ¿No es éso acaso lo que la señora Fourcassié, a pesar de la veneración que siente por su señor, acaba de decirnos con otras palabras? ¿No resulta muy probable que un hombre que se ha quedado prácticamente ciego, porque estamos convencidos de que fue realmente así, se descubra de pronto en el centro de un cerco de sombras confusas y amenazadoras, de susurros sin labios, de miradas sin ojos y sin rostro, y que ese inesperado descubrimiento le aterrorice hasta el punto de volverle loco? ¿Y no establece taxativamente el código que es preciso estar en posesión de todas las facultades mentales para otorgar un testamento? ¿Y si resultase ahora, señoría, que después de concentrar todos nuestros esfuerzos en un solo punto, el testamento del señor Gastón de Puyparlier fuese nulo por más de una razón?

Al abogado de la parte demandada no pareció cogerle por sorpresa la maniobra de su colega y se apresuró a responder con energía.

—Nada más descabellado —dijo— que suponer que el señor de Puyparlier no estuviese en posesión de todas sus facultades mentales en el momento de dictar su testamento. Semejante sospecha no puede por menos de hacer reír a quienes conocieron la rec-

titud, probidad y experiencia del fallecido notario Rousselin, cuyo único fallo, eso sí, fue no haber hecho constar en su documento que el señor Puyparlier, tras haberlo leído por sí mismo, manifestaba estar absolutamente de acuerdo con su contenido. ¿Puede concebirse, sin embargo, el hecho de que el notario Rousselin se hubiese tomado la molestia de tomar al dictado la última voluntad de su cliente y amigo, de haber sospechado en el anciano el más leve indicio de locura? Contamos además con el testimonio del doctor Verité, uno de los testigos presentados por mi dignísimo colega. Recordemos que en su declaración el doctor Verité no hizo la menor referencia a esa posibilidad, a pesar de haber permanecido hasta el último momento junto a su paciente. Fue minucioso al describir las diversas enfermedades del señor Gastón de Puyparlier durante los últimos años: reumatismo articular, desarreglo de las funciones digestivas, irregularidades en el corazón, debilitamiento sexual y no sé cuántas cosas más. ¿Habría desaprovechado aquel conspicuo galeno la oportunidad de incluir entre todas esas enfermedades algo tan grave como la locura? ¿Por qué vamos, pues, a tomar por locura lo que sólo fue consecuencia de la desconfianza? ¿Acaso no estamos cansados de leer en los periódicos que vivimos en una época en la que medio mundo desconfía del otro medio? ¿No dijo Demóstenes que la desconfianza beneficia al ser humano y que mientras la llevemos a todas partes, estaremos libres de todo mal? ¿Y no dijo Aristófanes que hay que tener mucho cuidado y mirar debajo de cada piedra, para no ser mordidos por un escorpión?

»Lo que sucede, señoría —prosiguió, apartándose del molesto rayo de sol que entraba por uno de los ventanales y caía precisamente sobre su rostro, obligándole a permanecer con los ojos entornados—, lo que sucede, digo, es que nuestro ilustre colega, al exponer sus peregrinas sospechas, quiere desviar la atención de su señoría de un hecho que nos parece de la máxima importancia para decidir con justicia sobre el asunto que aquí y ahora estamos dilucidando. Un hecho, insisto, que revela por sí solo que Gastón de Puyparlier gozó hasta el final de sus días de una vista, si no óptima, sí suficiente. Me refiero, por supuesto, al hecho de haber sido capaz de descubrir las tenues manchas amarillas que el sudor dejaba sobre sus camisetas y de advertir, asimismo, una tonalidad sospechosa en las zanahorias de la ensalada. Porque, vamos a ver, ¿cómo puede pensarse que el señor de Puyparlier, siendo capaz de advertir todas esas sutilezas cromáticas, fuese por otra parte incapaz de leer, en tinta negra sobre papel blanco, la escritura del señor Rousselin?

2. JACQUELINE DIDEROT

El segundo testigo presentado por el abogado de la parte demandada fue Jacqueline Diderot, que durante dos años había servido como doncella en la mansión de Puyparlier. El testimonio de la señorita Diderot vino a corroborar la declaración de la señorita Fourcassié a propósito del estado de ánimo que embargó a Gastón durante los últimos días de su existencia.

Dijo Jacqueline Diderot (una muchacha lozana, prieta de carnes y con escote generoso) que el día 5 de octubre de 1874 (dos días antes de que Gastón cayese enfermo), ella regresó a la mansión de Puyparlier bastante entrada la noche, después de pasar el día (su jornada de asueto) en casa de sus ancianos padres, en Ministrone.

Tras cruzar la verja del muro, mientras atravesaba el jardín, descubrió a su señor apostado en la ventana de su habitación, que estaba en el primer piso, con una escopeta entre los brazos. La luz de la habitación estaba apagada, pero ella pudo distinguirle claramente a la luz de la luna, que poco antes había salido de entre las nubes.

—«¿Quién anda ahí?», me preguntó, con una voz tan alterada que apenas pude reconocerle. «Soy yo», respondí, temblando. «¿Y quién soy yo?», insistió, apuntándome con la escopeta. «Responded al instante si no queréis que os atraviese el corazón.» Le dije que era Jacqueline, su doncella, y entonces soltó un juramento, como si le fastidiase no tener una excusa para apretar el gatillo. Cuando entré en casa le conté a la señora Fourcassié, que estaba todavía despierta, lo que acababa de pasar. La señora Fourcassié le quitó importancia al incidente y me dijo que el señor estaba esperando que se presentase una zorra que la noche anterior había organizado una carnicería en el gallinero. Pero eso no era verdad (y lo digo con todo el respeto que me merece la señora Fourcassié) porque aquella misma mañana, antes de irme a Ministrone, fui al gallinero para recoger los huevos de la víspera y vi que todo estaba en orden.

—¿Cree, pues —le preguntó el abogado de la parte demandada—, que el señor de Puyparlier estaba en la ventana esperando la llegada de una persona determinada?

—Estoy segura de eso —respondió la señorita Diderot—. El señor no podía estar esperando a ninguna zorra porque él sabía muy bien que la zorra que de vez en cuando saqueaba nuestro gallinero entraba siempre por la parte de atrás de la casa, es decir, por el huerto, y nunca por el jardín.

—Los hechos, señores, hablan por sí solos —opinó en su momento el abogado de la parte demandante, es decir, el letrado del sobrino calavera—. Tenemos a nuestro caballero armado con una escopeta, a altas horas de la noche, asomado a la ventana de su habitación. ¿A quién estaba esperando? ¿A un misterioso merodeador nocturno que posiblemente sólo existía en su imaginación? ¿Puede considerarse que semejante actitud sea sólo una «simple extravagancia», como dijo hace un momento mi ilustre colega? ¿Es normal que un caballero de edad provecta, en lugar de meterse en la cama con un par de bolsas de agua caliente, se pase toda la noche apuntando con una escopeta a las sombras?

—No sería normal —intervino rápidamente el abogado de la parte demandada— en un hombre que, tal como se ha repetido aquí tantas veces, fuese medio ciego, pero sí en un hombre que confía todavía en su vista para descubrir cualquier merodeador nocturno que penetre en el jardín de su casa, aunque lo haga amparado por las sombras de la noche. Y todavía más normal en un hombre que vive angustiado por una

persona misteriosa, por una «persona despreciable» dispuesta por todos los medios a quitarle la vida antes de que tenga tiempo de disponer libremente de su última voluntad.

Ni la señora Fourcassié ni la señorita Diderot afirmaron en sus respectivas intervenciones que la vista de Gastón de Puyparlier, durante las últimas semanas de su vida, hubiese sido lo suficientemente buena como para leer un documento escrito con una caligrafía bastante enrevesada. Si no lo manifestaron directamente, sin embargo, lo dieron a entender al referirse a las manchas amarillas en la ropa interior de Puyparlier, al color excesivamente amarillo de las zanahorias de la ensalada y, sobre todo, a la confianza que el propio Gastón tenía en su vista y en su puntería. Fue el abogado de Federica Vernier quien sacó luego provecho de esas informaciones y quien llevó el agua al molino de sus intereses.

Debe destacarse también la astucia del letrado al introducir en el juicio, como por casualidad, la probable existencia de ese personaje misterioso que inquietó profundamente a Gastón de Puyparlier durante los últimos días de su vida. El abogado, por supuesto, tuvo mucho cuidado en no pronunciar un nombre concreto. Se guardó mucho de no acusar a una persona determinada. Apuntó sin embargo la posibilidad de que fuese, como había dicho a la señora Fourcassié, repitiendo las palabras de su señor, «cierto miembro de la familia tristemente famoso por sus licenciosas costumbres». Y esperó, sin duda,

que la idea de ese personaje desconocido, asesino en potencia, fuese germinando y concretándose poco a poco en el ánimo del juez y que, en su subconsciente, asociase a ese individuo con la persona de Armando de Puyparlier, el sobrino calavera. Porque, considerando las cosas con calma, ¿quién podía tener más motivos para asesinar a Gastón de Puyparlier que su propio sobrino carnal (el único, además, que le quedaba), sabedor de que su anciano tío no pensaba tenerle presente en el momento de redactar (en este caso, de dictar) su testamento?

Al sobrino calavera, por lo tanto, le interesaba que su tío muriese sin testar para acceder luego a su fortuna por simple designación judicial. No hubo pruebas suficientes para demostrar que fue precisamente el joven Puyparlier aquel «despreciable personaje» al que se refirió varias veces el anciano terrateniente, pero, ¿es que acaso la simple sospecha de que pudiese serlo no podía influir en el ánimo del juez para decidirse a ratificar la validez del testamento impugnado?

3. HÉLÈNE DE SAINT-CHAUMONT

Se llamó a declarar a continuación a la señorita Hélène de Saint-Chaumont, antigua amiga de la señorita Dominique Vernier, a quien conoció durante los tres meses que estuvieron juntas en el convento de las Damas del Sacré-Coeur, en Profiteroles. Debe destacarse el hecho de que el abogado de la parte demandada eligiese cuidadosamente las preguntas, y

que se las formulase incluso con una entonación especial, como si la señorita de Saint-Chaumont mereciese un trato diferenciado. Ella, por su parte —una mujer de porte aristocrático, mirada espesa y aterciopelada y nariz de envenenadora veneciana—, no fue menos cauta y precisa en sus respuestas.

—Permítanme ustedes —empezó diciendo con voz reposada y solemne, como si también ella considerase conveniente marcar desde el principio las diferencias que la separaban de los demás testigos—, permítanme ustedes, repito, que no entre a valorar aquí y en este momento los atributos físicos de mi infeliz amiga. Al fin y al cabo, señores, las opiniones de una mujer sobre la belleza de otra deben tomarse siempre con ciertas precauciones. Lo único que puedo decirles es que Dominique Vernier, a pesar de que no me queda más remedio que reconocer que su aspecto no resultaba agradable a todo el mundo, no fue, ni mucho menos, una mujer vulgar. De no ser así, les aseguro que no la hubiese considerado amiga mía. Reconozco asimismo que no fue lo que el vulgo considera una mujer simpática, pero ya saben ustedes que la simpatía es una cosa muy relativa, que los que son simpáticos a unos resultan antipáticos a otros y que las personas, en suma, no son como monedas de oro, que a todo el mundo gustan y nadie discute.

—¿Considera usted, pues, señorita de Saint-Chaumont —le preguntó el abogado de la parte demandada—, que su amiga Dominique reunía en su persona atributos suficientes para enamorar a un caballero maduro?

—Estoy convencida de que reunía todos esos atributos —respondió aquella distinguida mujer, acariciándose levemente la ceja con un índice afilado como un punzón— y de que Gastón estuvo sinceramente enamorado de ella.

—¿Se vio usted con Dominique Vernier después de que ella rompiese sus relaciones con Gastón de Puyparlier?

—Nos vimos exactamente el quince de diciembre de mil ochocientos setenta y cuatro, es decir, una semana antes de su absurdo accidente y aproximadamente dos meses después de la muerte de Puyparlier. Estuvimos juntas toda la tarde en una chocolatería de la calle de Saint-Simon.

—¿Le hizo aquella tarde alguna confidencia a propósito de su ruptura con el señor de Puyparlier?

—Así es, en efecto —respondió la señorita Hélène de Saint-Chaumont—. Me hizo algunas confidencias sobre ese particular. En realidad no estuvimos hablando de otra cosa.

—¿Le confesó, tal vez, que había abandonado a su enamorado por considerarle incapaz de acceder con dignidad al tálamo nupcial y de responder adecuadamente a todos los compromisos que ello supone?

Hélène de Saint-Chaumont escuchó la rebuscada pregunta del abogado con una melancólica sonrisa y estableció una pausa, dándose tiempo para elegir también ella las metáforas más adecuadas que le permitiesen referirse sin sonrojarse a un tema que, sin lugar a dudas, le resultaba embarazoso.

—No, no fue ese motivo —respondió por fin, sin abandonar su media sonrisa de princesa nostál-

gica—. Dominique me había dicho alguna vez que Gastón, a pesar de sus años, conservaba todos los atributos característicos de la juventud. Ustedes comprenden seguramente a qué atributos me refiero. Parece ser que Gastón, mientras su madre vivía, no tuvo oportunidad de conocer íntimamente a ninguna mujer, y que tal vez por eso conservaba a su edad un empuje del que suelen carecer los hombres que durante su juventud han llevado una vida licenciosa. En realidad tengo motivos para suponer que fue Dominique la que inició a Gastón en los no siempre fáciles senderos del amor.

Apenas Hélène de Saint-Chaumont acabó de pronunciar esas palabras hubo un rictus de envidia en el rostro del juez. El abogado de la parte demandada, por el contrario, sonrió ampliamente.

—Sentado, pues, que el caballero de Puyparlier fue hasta el final de su existencia un hombre capaz de satisfacer a cualquier mujer por la vía del amor, y al decir amor me estoy refiriendo ahora al amor físico, ¿cuál le parece a usted que pudo ser la razón de su ruptura con Dominique? ¿No se trataría, quizá, de algún motivo similar a los que diariamente dividen también a millares de parejas mucho más jóvenes? Precisando un poco más mi pregunta: ¿le confesó su amiga Dominique que había abandonado a Gastón porque, después de mantener con él varios años de relaciones, estaba ya cansada de servirle de lazarillo?

—No —respondió rápidamente la señorita de Saint-Chaumont—. Dominique no pronunció jamás la palabra lazarillo. Nunca me habló de los problemas oculares de su prometido. Pero creo que en este

punto debo ser más explícita: Dominique abandonó a Gastón de Puyparlier porque estaba ya hasta el gorro de que éste retrasase continuamente la fecha de la boda. Después de varios años hasta las novias menos nerviosas principian a impacientarse. Parece ser que Gastón de Puyparlier, según me confesó Dominique aquella tarde, vivía obsesionado por el recuerdo de su madre difunta y que, como excusa para retrasar indefinidamente la boda, opinaba que le parecía una ofensa a la memoria de su progenitora pensar en casorios cuando sólo habían transcurrido quince años desde el fallecimiento de aquella egregia dama.

Cuando Hélène de Saint-Chaumont descendió del estrado hubo algunas sonrisas. El abogado de la parte demandada, sin embargo, borró de su rostro la suya y adoptó una expresión trascendente.

—No es éste —dijo— momento para juzgar el exacerbado amor filial de Gastón de Puyparlier. Lo único que aquí nos interesa es saber que no fue la decrepitud propia de sus muchos años ni, desde luego, su pretendida incapacidad visual, el motivo por el que la señorita Dominique Vernier decidió romper con su enamorado. Debió de tratarse, por lo tanto, de cualquier otro motivo similar a los que diariamente separan a otras parejas pletóricas de fuerza y juventud. La señorita de Saint-Chaumont, en efecto, acaba de aportar nuevos argumentos para suponer que Gastón de Puyparlier no fue un anciano decrépito y cegato, como han pretendido hacernos creer los testigos presentados a este juicio por nuestro admirado colega. El testimonio de la señorita Hélène de Saint-Chaumont, además, nos plantea una pregunta

sumamente interesante: ¿y si Gastón de Puyparlier, amparado durante sesenta años por las alas protectoras de su madre, hubiese buscado, después de fallecer ésta, la protección de otra persona que, de algún modo, sustituyese a aquélla?

—Recuerdo al letrado —intervino entonces el juez, atusándose la barba entrecana con una mano tan pálida como la de un difunto—, que estamos aquí para decidir si Gastón de Puyparlier fue capaz o no fue capaz de leer el testamento que había dictado previamente a su notario. Este tribunal está ya cansado de tantas divagaciones. Nos parece irrelevante, por ejemplo, que se hable aquí y ahora del exagerado amor que ese caballero pudo sentir por su señora madre. Y más irrelevante todavía que en este juicio se haya recordado que Gastón de Puyparlier, a sus años, fuese todavía capaz de desarrollar una intensa actividad sexual. ¿Quién podría creer, por otra parte, semejante patraña? Estamos ciertamente fatigados de escuchar historias fantásticas sobre ese particular. Unas historias que, al fin y al cabo, a nadie aprovechan, como no sea a los propios protagonistas, en el improbable supuesto, claro está, de que sean ciertas.

—Lo que sí quisiera ahora, señoría —prosiguió el abogado de la parte demandada, sospechando que hacía ya bastantes años que aquel severo juez había dejado de ser sexualmente activo—, es formular la siguiente pregunta: ¿Y si Gastón de Puyparlier, con sus fingidas torpezas, exagerando, por ejemplo, sus problemas oculares, hubiera estado reclamando al prójimo las mismas atenciones y cuidados que le prodigó su difunta madre a lo largo de sesenta años?

¿No explicaría esa necesidad sus curiosas lecturas invertidas en el Círculo Recreativo de Ministrone, o sus continuas equivocaciones en el momento de separar unas cuantas monedas de oro? ¿Y no explicaría también que en momentos realmente comprometidos, como, por ejemplo, cuando se vio obligado a leer su propio testamento, frente al notario Rousselin, hubiese olvidado su teatro para actuar normalmente?

—Nuestro ilustre colega —replicó el abogado del sobrino calavera—, pretende tal vez hacernos olvidar que la señorita Dominique Vernier, ante los camareros de un céntrico restaurante, llamó al señor Puyparlier «viejo inútil y baboso» y otras lindezas por el estilo. ¿Puede creerse, sin embargo, que Dominique Vernier le hubiese dedicado esos piropos de sospechar que su enamorado estaba haciendo teatro?

—¿Y qué hombre —contrarreplicó el abogado de la parte demandada— no ha sido alguna vez víctima de insultos parecidos por parte de una mujer encolerizada? ¿No dijo acaso el poeta que las mujeres, fuerzas nutritivas mientras discurren por sus cauces, son poderío destructor cuando se desbordan?

—Puestos a citas literarias —dijo inmediatamente su oponente—, también podríamos decir nosotros que las mujeres hermosas son un peligro y que las feas, además de ser un peligro, son una desgracia. Lo que me parece importante, sin embargo, es que nuestro distinguido colega haya reconocido, por fin, que Dominique Vernier fue una mujer de armas tomar, propensa a subirse a la parra y armar la tremolina por un quítame allá esas pajas, y por eso nos ratifica-

mos en nuestras convicciones: sólo teniendo en cuenta su condición de cegato puede comprenderse el enamoramiento del señor Gastón de Puyparlier, que nos atrevemos incluso a situar en el límite de lo morboso. Un enamoramiento, por otra parte, que no fue correspondido. La señorita Hélène de Saint-Chaumont, en efecto, acaba de declarar que se entrevistó con la señorita Dominique Vernier dos semanas antes de que ésta fuese atropellada por un landó y cuando apenas habían transcurrido dos meses desde el fallecimiento de su enamorado. Creo recordar que estuvieron hablando durante toda la tarde del día quince de diciembre de mil ochocientos setenta y cuatro en la chocolatería de la calle de Saint-Simon. Vale pues la pena que nos formulemos otra interesante pregunta: ¿hubiera podido Dominique Vernier resistir tres o cuatro horas en un lugar tan alegre y bullicioso como esa cafetería, frecuentada por colegialas frívolas y dicharacheras, de haberse sentido realmente apenada por el reciente fallecimiento de su prometido?

El abogado de Federica Vernier sacudió la cabeza, fatigado por la obstinación de su colega.

—Me parece lamentable —suspiró, sin entrar en el tema de la chocolatería— que a estas alturas del juicio se ponga todavía en duda la ceguera de Puyparlier. Ya se dijo antes que existen diversos ideales de mujer y que cada hombre tiene el suyo. Pero todavía una cita más, señoría: ser fea y, sin embargo, saber hacerse amar es propio de princesas, de princesas como, a nuestro entender, fue la señorita Dominique Vernier. Una princesa, señores, si no por su

sangre, sí por su ternura y su bondad, aun reconociendo, porque de sabios es reconocer, que en algunas ocasiones, forzada por circunstancias adversas, pudiese tener el genio algo vivo. Y eso es lo que trataremos de demostrar en su momento con abundantes pruebas documentales: la bondad de su corazón y su inmensa ternura.

El juez, con expresión cariacontecida, resopló suavemente por la nariz. Hacía ya algunos minutos que su mano derecha, por debajo de la fúnebre toga, hurgaba en la entrepierna sin encontrar nada que valiese la pena.

—Yo también —confesó, con una triste sonrisa— aprendí de joven algunos refranes sobre mujeres, pero los olvidé hace bastantes años.

4. URBAIN LAUTREC

Urbain Lautrec, terrateniente y vecino del señor Gastón de Puyparlier, fue el siguiente testigo presentado por el abogado de la parte demandada. Los hechos que narró Lautrec sucedieron los días 2 y 3 de octubre de 1874, es decir, pocos días antes de que Gastón de Puyparlier cayese mortalmente enfermo.

—Gastón —declaró, con una voz martirizada por la absenta— se presentó en mi casa el día dos de octubre, a primeras horas de la mañana. Le encontré muy desmejorado y tuve la impresión de que no había pegado ojo durante toda la noche.

»"Mi querido amigo y vecino Urbain", me dijo, "sepa usted que vivo amenazado por graves peligros.

Un miembro de mi familia, cuyo nombre no voy a descubrir ahora, pretende envenenarme, y a tal efecto ha sobornado a uno de mis criados”.

»No me dijo, pues, quién podía ser ese misterioso familiar. Me pidió que le acompañase hasta el pequeño huerto que cultivaba personalmente en la parte trasera de su casa y me mostró las huellas de unas pisadas profundamente marcadas en la tierra húmeda. “Merodeadores nocturnos”, me susurró al oído. Advertí de inmediato que aquellas huellas correspondían a sus propias botas y que los tomates que, según él, le habían robado colgaban todavía de las correspondientes tomateras. Se lo hice notar y entonces me miró a los ojos con una mirada cuya intensidad no olvidaré nunca.

»“¿Cómo?”, exclamó, muy ofendido. “¿Acaso pertenecéis también vos, señor Lautrec, al grupo de mis enemigos?”

»Le dejé muy enfadado, mascullando oscuras amenazas, y pensé que después de ese incidente tardaría en dejarse ver. Me equivoqué completamente porque al día siguiente se presentó otra vez en mi casa y, sin rodeos, empezó a hablarme de un gran amor que habían frustrado, según él, claro está, los maquiavélicos manejos de alguien que le odiaba a muerte y que, como había dicho el dia anterior, pretendía asesinarle.

»“Aquella mujer”, sollozó, refiriéndose a su misteriosa enamorada, “hubiera podido por fin sustituir a mi madre”.

»Reconocerán ustedes que no es normal oír cosas semejantes de labios de un hombre que ha cumplido

ya los setenta y estuve a punto de soltar una carcajada, pero me contuve al comprobar la infinita angustia que reflejaba el rostro de mi vecino. Era evidente que el buen Gastón no estaba bromeando. Lanzó una temerosa mirada circular, bajó el tono de voz hasta convertirlo en un susurro y me pidió permiso para ordeñar una de mis vacas. Dijo que desde tres días antes sólo bebía leche de una sola de sus vacas, que ordeñaban en su presencia, pero que a partir de aquel día ni siquiera esa precaución le parecía suficiente.

»"¿Quién puede garantizarme", me cuchicheó al oído, "que por las noches, mientras duermo, una mano asesina no alimenta a mis vacas con pienso envenenado para, de ese modo envenenar también la leche?".

»Esperaba que sus enemigos no hubiesen tenido todavía tiempo de acceder a mis establos y ordeñó la mejor de mis vacas con tal destreza que me dejó con la boca abierta. Cuando estuvo llena la jarra de porcelana que había traído consigo se bebió la leche de un trago, me dio las gracias y salió del establo eructando y limpiándose los labios con el dorso de la mano.

Consideraciones sobre el testimonio de Urbain Lautrec

Lautrec, que era cojo, descendió del estrado apoyando el peso sobre la pierna sana y moviendo varias veces la cabeza de izquierda a derecha, como si se

sintiese todavía apesadumbrado por el recuerdo de las desventuras de su vecino. Su testimonio (a pesar de aportar nuevas pruebas de la monomanía persecutoria de Puyparlier, reforzando de ese modo, la hipótesis de su locura) sirvió también para defender los intereses de la parte demandada. Urbain Lautrec, en efecto, dejó muy claro que Gastón, poco antes de morir, gozaba todavía de una visión más que aceptable. Dijo, concretamente:

Primero. Que Gastón de Puyparlier había sido capaz de descubrir huellas de pisadas (no importa ahora que esas huellas fuesen las de sus propias botas) en el huertecillo de la parte trasera de su casa.

Segundo. Que su vecino había sido capaz de mirarle «con una intensidad que no olvidaría nunca», es decir, con una clase de mirada que no puede concebirse en un cegato, ni en un miope.

Tercero. Que cuando Gastón estuvo en el establo (es decir, en el establo de Lautrec) eligió sin necesidad de que le ayudasen la más rolliza de las vacas, y que luego ordeñó a esa misma vaca con gran pericia, lo que significó tanto como decir que no tuvo ningún problema para localizar las ubres del animal.

Urbain Lautrec, además, declaró que Gastón le había hablado también a él de un misterioso enemigo que pretendía envenenarle, pero identificando ya a ese enemigo como miembro de su propia familia. Armando de Puyparlier, el sobrino calavera (y, además, el único familiar vivo que conservaba Gastón), quedaba así en una situación francamente comprometida, aunque su abogado, Dios sabe por qué oscuras razones o por qué secretos designios, no se

tomase la molestia de contraatacar, pensando tal vez que, por el momento, le convenía dar la callada por respuesta.

5. CHARLES-AUGUSTE SAMARITANE Y GUILLAUME CHANTALAPIERRE

Hubo aún dos testigos más presentados por la parte demandada: los doctores Samaritane y Chantalapierre, que eran los únicos oftalmólogos con consultorio abierto en Ministrone. El testimonio de los referidos médicos puede resumirse en los siguientes puntos:

Primero. Desde el año 1869 hasta el año 1874 Gastón de Puyparlier no recurrió ni una sola vez a los servicios de los referidos oftalmólogos, lo que parece extraño en un hombre que, según el abogado de la parte demandante, padecía de graves problemas oculares que, además, iban agravándose a lo largo de los años.

Segundo. Tanto el doctor Samaritane como el doctor Chantalapierre, consultados sobre la posibilidad de que la afección diabética puesta de manifiesto por el doctor Verité hubiese afectado la vista de Puyparlier, contestaron afirmativamente, pero precisaron también con toda claridad que una diabetes en primer grado (que fue precisamente la que el doctor Verité diagnosticó al causante a primeros de 1872) sólo puede debilitar levemente el órgano de la visión.

Con esos dos testigos terminó la prueba testifical y se pasó a las pruebas documentales, constituidas, como dijimos oportunamente, por diversas misivas escritas por la señorita Dominique Vernier, algunas cartas escritas también de puño y letra por el señor Gastón de Puyparlier y otras cartas escritas por la señora Odile Vernier, madre de Dominique (y, por supuesto, de Federica), a su prima, la baronesa de Massignac.

Debemos hacer constar que las cartas de Odile Vernier a la baronesa de Massignac (en las que, por cierto, no dejaba en muy buen lugar a su propia hija Dominique) fueron aportadas, como es lógico, por el abogado demandante para demostrar la escasa talla moral de la muchacha. No sabemos, sin embargo (y, por lo tanto, no lo explicaremos al lector), cómo llegaron esas cartas a poder de Armando de Puyparlier, que fue quien, a su vez, se las entregó al abogado para que hiciese uso de ellas.

Las misivas de Dominique dirigidas a su madre y a su amiga Hélène de Saint-Chaumont (en las que se transparentan con extraordinaria diafanidad los bondadosos sentimientos de una joven mujer, víctima tal vez de una educación demasiado severa) fueron aportadas, como es lógico, por el abogado de la parte demandada, quien las obtuvo, a su vez, del abogado de su clienta Federica Vernier.

Cuatro de las cartas escritas por Gastón de Puyparlier (dirigidas al abate de la Rochefoucauld) fueron aportadas por el abogado de la parte demandante, como prueba de la progresiva ceguera de su autor, pero tampoco sabemos cómo llegaron esas cartas a

poder del sobrino calavera, teniendo en cuenta que su destinatario era un santo varón que estaba situado por encima de toda sospecha.

La quinta y última carta que Gastón de Puyparlier dirige a su enamorada Dominique fue presentada por el abogado de la parte demandada, en apoyo de su tesis de que el anciano conservó hasta el final de sus días visión suficiente para escribir con su puño y letra un breve documento.

PRUEBAS DOCUMENTALES

Las cartas aportadas al juicio no se reproducen en su totalidad. Se han suprimido aquellos párrafos cuyo contenido no tiene nada que ver con el asunto que aquí nos ocupa.

Veamos, en primer lugar, las presentadas por el abogado de la parte demandante, es decir, por el letrado de Armando de Puyparlier.

A) *Pruebas documentales aportadas al juicio por la parte demandante*

1) Carta de la señora Odile Vernier a su prima la baronesa de Massignac, fechada el 15 de julio de 1858:

Querida Beatrice:

....

....

Sirvan también estas líneas, mi querida prima, para daros algunas noticias de la pequeña Dominique que, como sabéis, el pasado mes de junio ingresó en el colegio de las Damas del Sacré-Coeur.

¿Podéis imaginaros que al cabo de una semana de estar en ese ejemplar establecimiento empezó ya a escribirme diariamente cartas en las que me pedía que le permitiese volver a casa?

....

....

2) Carta de la señora Odile Vernier a su prima la baronesa de Massignac, fechada el 10 de septiembre de 1858:

Querida Beatrice:

....

....

Mi gran problema, querida prima, es Dominique. Acabaron expulsándola del colegio y no tuve más remedio que volver a admitirla en casa, después de que me hiciese la firme promesa de que en lo sucesivo iba a ser una niña modélica. Tan modélica, mi querida prima, como lo fuimos nosotras en nuestra, ¡ay!, lejana juventud.

Corren, sin embargo, otros tiempos. Los jóvenes andan hoy descarriados y ya no respetan aquellos valores que para nosotras eran sagrados. Piensan, por el contrario, que tienen derecho a alargar la mano hacia todos los frutos prohibidos que van encontrando por el camino.

Las promesas de Dominique, como me temía, no sirvieron para nada y cada día que pasa se muestra, por el contrario, más difícil. Ayer, en una de sus frecuentes rabietas, rompió una preciosa porcelana que Honoré me trajo de su últi-

mo viaje a China y se arrancó los pendientes (no te escandalices, pero la muy descocada se había puesto los pendientes de una de nuestras costureras) con tanta rabia que se desgarró las orejas. Por si no hubiese bastante con eso, arrojó un florero por la ventana del salón con la perversa intención de acertar en la cabeza de nuestro buen jardinero Pierre, que estaba recortando los rododendros del jardín.

Perdona, mi querida Beatrice, que hoy no me extienda más. Se me parte el corazón sólo con pensar en Dominique. Te escribiré con más sosiego la semana próxima.

3) Carta de la señora Odile Vernier a su prima la baronesa de Massignac, fechada el 22 de septiembre de 1858:

Querida Beatrice:

....

....

Por lo que respecta a Dominique, la situación empeora por momentos. Cada día que pasa se muestra más insolente y desagradecida. Sus arrebatos de antes han llegado a convertirse en verdadero odio, que se extiende a todas las personas que censuran su comportamiento. Por el contrario, basta que le sigan la corriente para que obtengan de ella todo lo que le pidan. Como comprenderás, Beatrice, yo no estoy dispuesta a ceder a sus caprichos. No acepto componendas de esa especie.

Precisamente ayer la sorprendí en nuestra bodega apoderándose de una botella de nuestro mejor vino para entregársela, seguramente, a un lacayo que sabe lisonjearla y con el que sospecho que se reúne a escondidas, aprovechando cualquier oportunidad favorable. La más elemental prudencia, Beatrice, me obliga pues a prescindir de ese criado. Mañana mismo, sin más dilaciones, le pondré de patitas en la calle.

....

....

4) Carta de la señora Odile Vernier a su prima la baronesa de Massignac, fechada el 24 de septiembre de 1858:

Querida Beatrice:

Ayer, a primeras horas, despedí a ese bribón de lacayo, tal como te anticipaba en mi última carta.

Sólo te contaré, para que te hagas cargo de la magnitud de mi problema, que Dominique se pasó todo el día y toda la noche pidiéndome a gritos que volviese a admitirle.

¿Qué le habrá hecho ese sinvergüenza a mi hija, Beatrice, para que ella reclame su presencia con tanta insistencia? ¿Qué picardías habrán cometido juntos? No sé, no sé, me da miedo pensarlo...

....

....

5) Carta de la señora Odile Vernier a su prima, la baronesa de Massignac, fechada el 2 de octubre de 1858:

> Amarga es la pena, mi querida prima, que nace de la vergüenza. Hace unos días (creo que fue el pasado martes), la señora Manteau, nuestra ama de llaves, sorprendió a Dominique conversando amigablemente con ese detestable lacayo por encima del muro de nuestro jardín. La muy ladina se había encaramado hasta lo alto con la ayuda de la escalera de Pierre, el jardinero, y el lacayo la esperaba al otro lado del muro, con una guitarra bajo el brazo. Cuando Dominique, conducida por la señora Manteau, estuvo en mi presencia la reprimí severamente y desde entonces se niega a comer en la mesa. Dios se apiade de ella. Su carácter empeora por momentos y esta mañana me amenazó incluso con huir de casa.

6) Carta de la señora Odile Vernier a su prima la baronesa de Massignac, fechada en 22 de diciembre de 1858:

> Querida Beatrice:
>
> Ha sucedido, por fin, lo que me estaba temiendo durante estas últimas semanas: Dominique, llevando al colmo su desvergüenza, se ha escapado de casa llevándose consigo algunas de mis más preciadas joyas. Durante cinco largos días (que a mí, personalmente, se me antojaron cinco siglos) no conocimos su paradero. Ayer (gracias a la inestimable ayuda de Charles de

Fontainebleau, prefecto de Ministrone y, como seguramente recordarás, antiguo compañero de armas de nuestro abuelo), pudimos localizarla en esa ciudad, concretamente en un mísero apartamento de la calle de la Madolenette (un barrio de muy mala reputación), donde al parecer vive asistida por ese abominable lacayo, que Dios confunda.

Recurriría a la ley si no supiese que en esta triste época en la que nos ha tocado vivir las leyes sólo sirven para proteger a los plebeyos contra los derechos de quienes, por nacimiento, estamos por encima de ellos. Pienso, además, que si lo hiciese el escándalo sería todavía mayor. No moveré, pues, un dedo por recuperar las joyas. Pero tampoco quiero volver a ver a esa ingrata criatura en todo lo que me resta de vida. Dominique, para mí, ha muerto.

7) Carta escrita por Gastón de Puyparlier el día 4 de mayo de 1869, dirigida al abate de la Rochefoucauld, cinco días después del fallecimiento de la señora Geneviève de Puyparlier, madre de Gastón.

....

....

....

Vos, que tuvisteis la oportunidad de conocerla a fondo, sabéis perfectamente que mi santa madre (q.e.p.d.) fue una dama de virtudes irrepetibles. Nadie más benévolo que ella al juzgar las flaquezas del prójimo, nadie con un corazón más gene-

roso que el suyo, nadie con mayor capacidad de misericordia.

Debo confesaros, ilustrísima, que su óbito me ha sumergido en la más absoluta de las aflicciones y sólo me queda el consuelo de saber que, antes o después, volveremos a reunirnos en el cielo, suponiendo, claro está, que yo merezca ese premio excelso. De lo que sí estoy seguro es de que, por mucho que se prolongue mi vida en este valle de lágrimas, jamás podré superar la tristeza de estas horas.

....

....

Se hace notar que en esta carta (que Gastón dirigió al abate de la Rochefoucauld, antiguo amigo de su familia, para agradecerle las muestras de pésame formuladas por éste con ocasión del fallecimiento de la señora Vernier), la caligrafía resulta más que aceptable. Poco hay que objetar, en efecto, por lo que respecta a su trazo, limpieza y regularidad. El abogado de la parte demandante (que se valió del asesoramiento de uno de los mejores peritos caligráficos de la comarca) exageró esas virtudes positivas, pero lo hizo sólo para resaltar luego con más virulencia el creciente deterioro de la caligrafía del terrateniente, puesta de manifiesto en cartas fechadas posteriormente y que fueron aportadas también como prueba.

Esta carta, además, fue escrita tres semanas después de producirse el fallecimiento de la señora Puyparlier, es decir, cuando el abatimiento del hijo se encontraba en su momento culminante. Hasta cierto

punto, por lo tanto, hubiese resultado lógico que la caligrafía de esta misiva reflejase ese estado de postración. En la escritura, sin embargo, no se refleja ninguna de las características de las llamadas enfermedades de repercusión mental (neurastenia, ansiedad, depresión, complejos, etc.). Los márgenes son normales, los espacios interiores de las letras, tales como la *g* y la *d*, no aparecen rellenos de tinta, no se encuentran letras de tamaño desproporcionado y no hay retoques. Las líneas, por otra parte, son rectas y horizontales, es decir, paralelas entre sí, lo que debe interpretarse como señal de evidente serenidad y equilibrio.

8) Carta escrita por Gastón de Puyparlier el 13 de agosto de 1872 y dirigida al abate de la Rochefoucauld.

No vamos a reproducir aquí el contenido de esta carta, pues nos parece irrelevante. Diremos únicamente que no es muy extensa y que Gastón de Puyparlier, tras dar algunas noticias generales sobre su vida, se compromete a contribuir con una suma determinada a la reconstrucción de la basílica de Briançon l'Archevêque.

El caballero de Puyparlier, en efecto, prometió al abate de la Rochefoucauld la cantidad de cien mil francos, puntualizando, eso sí, que hacía el donativo a la salud de su señora madre (cuando lo que hubiese querido decir, realmente, era a la memoria de su madre), precisando además que «ella no se hubiera mostrado menos generosa que yo».

La caligrafía de esta carta aparece ya bastante más

descuidada que en la carta anterior, es decir, que la escrita poco más de tres años antes y que en parte hemos reproducido más arriba. El pulso de Puyparlier no había perdido completamente su firmeza, pero la alteración es evidente. Así, la escritura que en la primera carta se inclinaba decididamente hacia la derecha (indicando sensibilidad, afectuosidad y una gran tendencia a la ternura) aparece en esta segunda carta inclinada hacia la izquierda, lo que podría indicar un carácter receloso y desconfiado.

Abundan, además, los retoques, y los errores están corregidos por medio de tachaduras, circunstancia esta que ciertos grafólogos interpretan como el deseo de mantener oculta alguna anomalía psíquica. Las líneas, descendentes, indican cierta depresión y, por último, el punto final que sigue a muchas líneas señala desconfianza.

El abogado de la parte demandante, apoyándose en el dictamen del perito calígrafo, quiso ver en esta carta no sólo las crecientes dificultades oculares de su autor, sino una cierta regresión de su carácter, es decir, una tendencia a escribir como cuando era niño.

9) Carta escrita por Gastón de Puyparlier el 9 de septiembre de 1873 y dirigida asimismo al abate de la Rochefoucauld:

....

....

Por lo que se refiere a la basílica de Briançon l'Archevêque, no es preciso que me recordéis que

ha transcurrido más de un año desde que os prometí una suma para contribuir a su reconstrucción sin que hasta el momento haya dado señales de vida. No fueron, sin embargo, 100.000 francos lo que os prometí, tal como decís, sino 10.000. Tal vez fui yo quien se equivocó, tal vez añadí un cero de más a la cifra, pensando que sólo había puesto tres cuando en realidad ya estaban todos puestos. No me extrañaría, en efecto, que hubiese incurrido en ese craso error pues reconozco que mi vista no es muy buena y no lo era ya hace un año, cuando os escribí esa carta.

Así es, mi respetado Rochefoucauld: mi vista se debilita y mi estado de salud en general tampoco es demasiado bueno. Parece ser que los médicos han encontrado demasiado azúcar en mi sangre. ¿Os imagináis, ilustrísima, que una persona con un carácter tan áspero como el mío pueda tener demasiado azúcar circulando por sus venas? ¿Puede equivocarse la naturaleza hasta tal punto? Decidme, Rochefoucauld, responded a esta pregunta, pues os tengo por uno de los hombres más sabios que conozco: ¿dónde está el error? ¿En mi natural desabrido? ¿En mi cuerpo y, más concretamente, en mi sangre?

....

....

El mayor problema que planteó la caligrafía de esta carta fue el de determinar qué porcentaje era el que debía atribuirse exclusivamente al creciente debilitamiento de la vista de Puyparlier (reconocida, al

fin y al cabo, por el propio caballero), y cuál el que, por el contrario, debía imputarse a la lógica transformación que se opera en el carácter del hombre, de cualquier hombre, a medida que van pasando los años.

En la carta que estamos comentando, en efecto, nos encontramos con que todos los acentos, puntos y comas aparecen colocados demasiado altos y casi siempre sobre la letra posterior a la que en realidad corresponden. ¿Debe interpretarse esa peculiaridad como prueba de que Gastón de Puyparlier, en sólo unos meses, se había transformado en un hombre idealista (como señalan esos acentos excesivamente altos), pero que, como contrapartida, había perdido ya el empuje y la decisión de un año antes, como indica el hecho de que los acentos estén colocados sobre la letra posterior? ¿Debe interpretarse simplemente (y así lo señaló el abogado de la parte demandante) como un agravamiento de los problemas oculares del viejo terrateniente cuando todavía faltaba un año para su fallecimiento?

10) Carta escrita por Gastón de Puyparlier el 14 de agosto de 1874 y dirigida, como las anteriores, al abate de la Rochefoucauld:

....

....

Necesito urgentemente, mi querido abate, que me recibáis en confesión. No podré conciliar el sueño hasta que llegue ese ansiado momento. Vos sois, mi respetado Rochefoucauld, la única

persona en todo el mundo que puede devolverme el sosiego perdido...

....

....

En esta larga misiva la caligrafía de Puyparlier es ya tan mala que el abogado de la parte demandante consideró conveniente transcribir su contenido a otro documento, no sólo para facilitar la lectura del juez, sino también para que su señoría pudiese comparar la caligrafía de Puyparlier con la de un hombre capaz de distinguir claramente lo que está escribiendo.

Apoyándose siempre en el dictamen del perito calígrafo, el abogado de la parte demandante sostuvo que Gastón de Puyparlier, cuando envió esta carta al abate, estaba ya prácticamente ciego y que para escribirla lo confió todo a la intuición y a la fuerza de la costumbre. Sólo una terquedad nada común, en opinión del letrado, pudo explicar que, a pesar de su incapacidad, el anciano caballero tratase todavía de comunicarse por escrito con otra persona. Cierto que el abate de la Rochefoucauld consiguió descifrarla (y demostró esa circunstancia presentándose al cabo de un par de días, tal como se le pedía en la misiva, en la mansión de Puyparlier), pero ello debe atribuirse más a la buena voluntad del clérigo y a su ilusión por salvar un alma que al mérito de una caligrafía absolutamente caótica, en una carta donde todas las líneas se amontonaban prácticamente unas encima de otras.

No obstante, para continuar con nuestros buenos propósitos de objetividad y con el sano deseo de

conducir imparcialmente el juicio de nuestros lectores, deberíamos hacer en este punto las siguientes consideraciones:

a) Recordar, ante todo, el profundo abatimiento moral en el que debió de estar sumido Gastón de Puyparlier el día 14 de agosto de 1874, fecha en que escribió esa carta, es decir, cuando seguramente no habían transcurrido muchas horas desde la discusión que sostuvo con su enamorada en el restaurante Les Escargots por culpa de las espinitas de la merluza. Recordar también que en aquella ocasión Dominique le llamó «viejo inútil y baboso».

b) Apuntar también la posibilidad de que Gastón de Puyparlier, como hacen esos niños que exageran un dolorcillo en cualquier parte del cuerpo para asegurarse los mimos de los mayores, exagerase también su ya deficiente caligrafía para provocar la conmiseración del severo confesor y conseguir luego una penitencia más leve para todos sus pecados. Sobre todo después de que el propio perito calígrafo, aunque fuese refiriéndose a otra de sus cartas, hubiese apuntado la posibilidad de una posible regresión infantil en el carácter del anciano.

B) *Pruebas documentales aportadas al juicio por la parte demandada*

1) Carta escrita por Dominique Vernier el 1 de enero de 1859, dirigida a su amiga Hélène de Saint-Chaumont:

Mi querida Fru-Fru:

....

....

....

Quien hoy te escribe, amiga mía, es una desvalida muchacha víctima de crueles circunstancias que le obligaron a abandonar su hogar y a buscar refugio lejos de la mujer que le dio el ser.

Así es, querida Fru-Fru: mi situación familiar, desde que abandoné el Sacré-Coeur, fue empeorando cada día hasta hacerse insoportable. Imagínate que durante los últimos días anteriores a mi partida, cediendo a las instigaciones de la señora Manteau (esa abominable ama de llaves de la que te he hablado en tantas ocasiones), mi madre llegó incluso a negarme el alimento y a hacerme zurrar por esa arpía.

No me quedó, pues, más remedio que huir de casa con la ayuda de Pierrot, mi fiel sirviente, y víctima, como yo, del carácter colérico de mi madre. Sé que no falta gente malvada que ha hecho correr la voz de que abandoné mi hogar arrastrada por una pasión que no está a la altura de mi posición social, pero no hago caso de esas habladurías. Que digan lo que quieran. Esos mal-

dicientes, sin embargo, debieran saber que cuando tratamos de arrebatar el honor ajeno, lo único que hacemos es perder el nuestro.

No puedo negarte, en efecto, que el buen Pierrot (que ahora trabaja como cochero de punto en la estación de Saint-Raphael) siente por mi persona una admiración que va más allá de la que podría reputarse lícita en un criado. Creo que, efectivamente, ese buen hombre está algo enamoradillo de mí, pero es todo, Hélène: Pierrot jamás osó dirigirme una palabra, ni siquiera una mirada, que pudiera interpretarse como una declaración amorosa.

La única causa de mi abandono del hogar (perdona que insista tanto en ello) fueron los malos tratos a los que me sometió mi madre, cada día peor aconsejada por esa pérfida ama de llaves...

2) Carta escrita por Dominique Vernier el 10 de enero de 1859 y dirigida a su amiga Hélène de Saint-Chaumont:

Me reconforta ver con qué rapidez has contestado a mi carta, en la que te daba cuenta de mi triste situación presente.

No, no, mi querida Hélène: para que regrese a casa será necesario antes que mi madre despida a la señora Manteau, a la que no quiero volver a ver en todo lo que me resta de vida...

....

....

....

En fin, mi añorada Fru-Fru, no voy a ocultarte que me duele en lo más profundo la desazón que, al abandonar mi hogar, haya podido causar a mi madre, y ni siquiera me sirve de consuelo pensar que fue ella, en definitiva, quien, al tomar el partido de la señora Manteau, provocó mi fuga.

Por lo demás, te diré que me encuentro bastante bien de salud y que cumplo como siempre con mis deberes religiosos. Recito mis oraciones (aquellas oraciones, Fru-Fru, que aprendimos juntas en el Sacré-Coeur), y si este último domingo no fui a misa, fue por culpa de un dichoso flemón que me tuvo todo el día en la cama.

3) Carta escrita por Dominique Vernier a su madre, la señora Odile Vernier, el 15 de febrero de 1859:

Querida mamá:

....

....

....

Os juro que cuando decidí escaparme de casa lo hice con el firme propósito de no volver jamás, si antes no os decidíais a prescindir de los servicios de la señora Manteau.

Han transcurrido, sin embargo, casi dos meses desde entonces y la nostalgia que me embarga es tanta que estoy dispuesta a regresar a vuestros brazos, aceptando incluso todas vuestras condiciones.

4) Carta de la señorita Dominique Vernier a su madre, la señora Odile Vernier, el 20 de marzo de 1859:

Querida mamá:

....

....

Vuestro silencio tras mi última carta (la que os escribí, con el corazón desgarrado, el pasado 15 de febrero) me preocupa muchísimo. No puedo ocultaros que me sorprende vuestra manera de actuar conmigo. ¿Es que no deseáis que regrese jamás al dulce hogar donde nací? ¿Queréis acaso que muera de pena?

Reconozco que tengo algunos defectos (¡sí, sí, lo reconozco, lo reconozco humildemente!) y que, en ocasiones, adolezco de un genio bastante vivo, pero, pese a todo, podéis estar persuadida de que en el fondo de mi corazón os amo profundamente y que ni por un instante, durante todas estas semanas, he dejado de pensar en vos. Hay noches incluso en las que me despierto llorando amargamente, convencida de que habéis dejado de amarme, y atormentada por el recuerdo de esa pesadilla ya no puedo volver a conciliar el sueño.

La señora Titelier, de quien he recibido una amable carta hoy mismo, me dice que desde mi partida se murmura mucho de mí. ¿No os preocupa que mi honor y mi crédito se pierdan enteramente? Os juro por lo más sagrado, madre amantísima, que Pierrot jamás entró en este humilde apartamento en el que ahora vivo y que hace ya varias semanas que dejé de verle. No debéis, pues, dar crédito a lo que se dice de mí en Profiteroles. Soy una mujer pobre, es cierto, pero

honrada a carta cabal y pienso seguir siéndolo toda mi vida, porque la honra (¡fuisteis vos misma quien me inculcó esos sagrados principios, madre mía!) es un bien infinitamente más precioso que la misma vida...

5) Carta escrita por Dominique Vernier a su madre, la señora Odile Vernier, el 3 de abril de 1859:

Querida mamá:

Vuelvo a repetiros lo que ya os dije en mi anterior carta: no veo a Pierrot desde hace mucho tiempo, así que si dais crédito a lo que pueda decirse de mí en Profiteroles es que habéis dejado de considerarme como hija.

Si alguien, sin embargo, os dice que vivo en un barrio infame y en una vivienda mísera, debéis creerle. Recordad, no obstante, las palabras del gran poeta: la gran honradez, como una mendiga, vive en una casucha, del mismo modo que la perla vive en una ostra inmunda.

¿Permitiréis, por lo tanto, que la señora Manteau venga a buscarme el próximo sábado para que el domingo podamos asistir como cada año a la distribución de premios a las niñas del orfanato de Profiteroles, en los jardines de nuestra casa?

¿No os parece que ése sería el mejor modo de acallar esas lenguas viperinas, y ello tanto en mi propio interés como en el vuestro y en el de nuestra familia?

6) Carta de la señorita Dominique Vernier dirigida a su amiga Hélène de Saint-Chaumont el 22 de noviembre de 1869:

Querida Fru-Fru:

....

....

Como suele decirse, amiga Fru-Fru (no sé si todavía tengo derecho a llamarte así), el tiempo es un gran maestro que todo lo arregla. Han pasado ya muchos años desde que abandoné mi hogar y te aseguro que mi penitencia fue dura. Mi madre falleció hace dos años sin que yo pudiese darle el último beso (ni siquiera estando en su lecho de muerte permitió que regresase a casa), pero hoy puedo considerarme ya una mujer equilibrada, que sabe muy bien qué es lo que quiere.

Vivo modestamente, pero sin estrecheces económicas, gracias a unas rentas familiares que escaparon al control de mi madre, dominada hasta el último momento de su vida por la señora Manteau. Pese a todo, estoy cansada ya de mi soledad y creo que ha llegado el momento de que empiece a pensar seriamente en mi futuro.

Precisamente hace unos días, en una reunión organizada por la marquesa de la Quincallerie (quien, pese a todo, no ha olvidado nuestro lejano parentesco y me invita a todas sus recepciones), conocí a un distinguido caballero que desde el primer momento pareció sumamente interesado por mi persona. Ese caballero (que reside en su antigua mansión solariega, cerca de Ministro-

ne) se llama Gastón de Puyparlier y te adelanto que ya no es joven ni apuesto. No quiso confesarme su edad, pero sospecho que no le faltará mucho para que cumpla los setenta...

No aceptaré jamás convertirme en su entretenida, pero te aseguro, Hélène, que si su fortuna se corresponde con el interés que me demuestra no descartaré la posibilidad de aceptar sus proposiciones matrimoniales para convertirme en la mejor de las esposas.

Comentarios a las seis cartas escritas por la señorita Dominique Vernier y aportadas como prueba por el abogado de la parte demandada

Todas esas cartas, por supuesto, fueron aportadas al juicio por el abogado de la parte demandada, es decir, por el abogado de la hermana de Dominique Vernier, para demostrar que la enamorada de Gastón de Puyparlier no fue, ni mucho menos, una muchacha carente de buenos sentimientos, tal como había intentado demostrar el abogado de la parte demandante en la primera parte del juicio. En esa media docena de cartas (tanto en las tres que dirigió a su íntima amiga Hélène de Saint-Chaumont como en las otras tres que escribió a su madre) quedó por el contrario bastante claro que Dominique fue, sobre todo, una inexperta criatura hambrienta de ternura y de comprensión, víctima de la intolerancia materna. En estas cartas quedan claros, sobre todo, dos puntos importantes:

a) Que en el año 1859 (a pesar de que por entonces la viruela ya marcaba cruelmente su rostro y podía detectarse al tacto), Dominique Vernier no fue una mujer desprovista totalmente de encantos. Así parece demostrarlo el hecho de que, por lo menos, y además sin proponérselo, fuese capaz de encandilar a un hombre (aunque ese hombre fuese sólo un lacayo) que gozaba de una vista normal.

b) Que no fue tampoco, ni mucho menos, una mujer desprovista de virtudes, como se empeñaron en demostrar los testigos presentados por el abogado de la parte demandante. Por el contrario, en esa media docena de cartas puede encontrarse una elevada dosis de dolor, de ternura y de arrepentimiento, sobre todo en las tres misivas que dirigió a su madre. Concretamente en la última carta que diez años después dirigió a Hélène de Saint-Chaumont, Dominique dejó muy claro que, aparte de estar interesada por la fortuna personal de su pretendiente, tenía además la loable intención de «convertirse en la mejor de las esposas», propósito este que excluye la posibilidad de que hubiese aceptado las proposiciones matrimoniales movida exclusivamente por intereses materiales.

7) Carta escrita el 16 de agosto de 1874 por el señor Gastón de Puyparlier y dirigida a la señorita Dominique Vernier, presentada por el abogado de la parte demandada:

Lucero mío:

Han transcurrido apenas setenta y dos horas desde que me abandonasteis en el restaurante. En un principio (os lo confieso) llegué a pensar que vuestro acceso de ira estuvo injustificado. Hoy, sin embargo, reconozco que tuvisteis razón, que fui un imprudente al recriminaros por haberme dejado algunas espinitas en la merluza y que cometí un grave pecado de ingratitud, después de todo lo que habéis hecho por mí durante estos últimos cinco años.

Espero que esta noche, después de haberos escrito esta cartita, pueda, por fin, conciliar el sueño.

Vuestro, hasta más allá de la muerte, G.

8) Carta escrita por Gastón de Puyparlier el día 17 de agosto de 1874 y dirigida a la señorita Dominique Vernier, presentada por el abogado de la parte demandada:

Mi lucero del alba:

Han pasado ya noventa y seis horas desde nuestra discusión en el restaurante. Transcurrido todo este tiempo, que se me ha hecho larguísimo, espero que vuestra cólera se haya esfumado y estéis ya dispuesta a perdonarme. Tendrá que ser así, mi idolatrada Dominique, porque nuestras almas están unidas para siempre. Nada ni nadie, y mucho menos una simple espina de merluza, será capaz de separarnos.

Cuatro días sin recibir noticias vuestras, sin

embargo, es lo máximo que puedo soportar, así es que si mañana a estas horas no he recibido una carta otorgándome vuestro ansiado perdón, seré yo quien, sin esperar a que me concedáis licencia, corra pasado mañana a Ministrone para postrarme a vuestros divinos pies e implorar vuestra misericordia. Una misericordia que, al fin y al cabo, espero alcanzar, porque estoy seguro de que nadie os amó en el pasado ni os amará en el futuro tanto como os amo yo. Sé muy bien, paloma mía, que los viejos amores como el nuestro no pueden morir de forma repentina.

Apasionadamente vuestro, G.

9) Carta escrita por Gastón de Puyparlier el 18 de agosto de 1874 y dirigida a la señorita Dominique Vernier y presentada por el abogado de la parte demandada:

Mi amadísima princesa:

¡Ayer noche tuve un sueño muy hermoso! ¡Oh, sí! ¡Un sueño maravilloso!

Soñé, en efecto, con mi santa y venerada madre (q.e.p.d.) y en ese sueño divino, que sin duda me enviaron los ángeles, estuvimos hablando a la sombra del roble bajo el que solíamos sentarnos cuando ella, ¡ay!, estaba todavía en este mundo. Me refiero, claro está, al gran roble de nuestro jardín. ¿Que qué me dijo? ¿Queréis saber, mi dulcísima emperatriz, qué es lo que me dijo? Pues me dijo que aprueba por fin nuestro matrimonio y que, desde el cielo, velará constantemen-

te por nuestra felicidad. ¿No os parece una gran noticia?

Tuyo siempre, G.

Post scriptum. No os preocupéis, Dominique, en mis sueños no le conté a mamá que el otro día dejasteis una espina en la merluza y que por la culpa de esa espinita estuve a punto de morir asfixiado. Eso son cosas de poca monta que deben quedar entre nosotros, secretillos de enamorados que nadie más debe compartir. Vale.

10) Carta escrita por Gastón de Puyparlier el 19 de agosto de 1874 y dirigida a la señorita Dominique Vernier, presentada por el abogado de la parte demandada:

Queridísima:

No puedo resistir más sin saber nada de vos, amor mío. Son ahora las siete de la mañana y los pájaros canoros endulzan el aire con sus trinos. Sobre la rama del roble (yo lo llamo todavía el roble de mamá, porque ése era precisamente su árbol favorito) acaba de posarse un pajarillo con una mancha roja en el pecho, y con sus ardorosos gorjeos me está recordando que sois la mujer más encantadora del mundo.

Llegará el día, Dominique, en que desde este mismo ventanal (y tras una noche de apasionadas comunicaciones) contemplaremos juntos las verdes lozanías que se prolongan hasta el horizonte y en las que cada mañana el aire se renueva, infundiendo nuevos deseos de vivir y de amar.

Mañana volveré a escribiros, en respuesta a vuestro mensaje de reconciliación, que espero recibir esta misma tarde. Si no lo recibo, me pondré en camino inmediatamente hacia Ministrone para postrarme a vuestros pies y llorar amargas lágrimas de penitencia.

Vuestro, sin más límites que los que pueda tener su alma inmortal, G.

11) Carta escrita por Gastón de Puyparlier el 20 de agosto de 1874, dirigida a la señorita Dominique Vernier, presentada por el abogado de la parte demandada:

Lucero mío:

Esta carta, que es feliz, pues va a buscaros...

No, no os preocupéis, princesita mía, no pienso llevar adelante el plagio. Ha sido unicamente una broma. Quería sólo significaros, al recurrir a los primeros versos de ese famoso poema, que mi felicidad sólo puede estar allí donde se encuentre también vuestra divina persona y que, feliz como la cartita de marras, yo también iré esta misma tarde a vuestro encuentro para, como ya os he repetido tantas veces, postrarme a vuestros pies y solicitar humildemente perdón.

No podía soportar más este silencio. Vuestro hasta la muerte, G.

Comentarios a las cinco cartas escritas por el señor Gastón de Puyparlier a la señorita Dominique Vernier y aportadas como prueba por el abogado de la parte demandada

Dijimos ya antes (y si no lo dijimos, lo hacemos ahora) que estas cinco cartas, escritas por Gastón a su enamorada durante la última quincena del mes de agosto de 1874, fueron aportadas al juicio por el abogado de la parte demandada con el doble objetivo de:

Primero. Reforzar la hipótesis de que durante el mes de agosto de 1874 la vista de Gastón de Puyparlier era aún bastante buena.

Segundo. Reforzar asimismo la hipótesis de que el amor de Gastón por Dominique no era un sentimiento frívolo, sino que, por el contrario, hundía sus raíces en lo más profundo de su corazón y, al mismo tiempo, justificaba plenamente su voluntad de testar en favor de quien había sido capaz de despertar tan ardorosos sentimientos.

La caligrafía de estas cinco cartas es mucho mejor que la de la misiva que escribió al abate de la Rochefoucauld unos días antes, concretamente el 14 de agosto de 1874, solicitándole en confesión. Todas esas cartas pueden leerse perfectamente e incluso es posible advertir cierta dosis de jactancia y autocomplacencia.

Lo más probable, por lo tanto (y esto ya lo apuntamos en su momento), es que Gastón de Puyparlier, en la carta que escribió después de su discusión con Dominique en Les Escargots, hubiese alterado

voluntariamente su letra para convencer al clérigo de la profunda turbación que agitaba su espíritu y obtener de ese modo una penitencia más leve a sus pecados.

Además, si hemos de hacer caso a la apasionada prosa que Gastón de Puyparlier utiliza en sus cartas de 16, 17, 18, 19 y 20 de agosto, tendremos que admitir asimismo que su vista no podía ser tan mala, desde el momento, por ejemplo, en que desde la ventana de su aposento pudo distinguir, no sólo un pequeño pájaro posado sobre la rama de un roble, a varios metros de distancia, sino incluso una mancha rojiza en el pecho de la avecilla, posiblemente un petirrojo, y, por si eso fuese poco, «verdes lozanías prolongándose hasta el horizonte».

Claro está que, si somos cautos (la desconfianza, al fin y al cabo, es el ojo derecho de la prudencia), podríamos tal vez atribuir esa idílica descripción al propio enamoramiento de Gastón, pues es bien sabido que el amor convierte a los hombres no en ciegos, como se piensa generalmente, sino en visionarios.

¿Pudo, pues, Gastón distinguir realmente el pajarillo cantando en la rama del roble? ¿Y pudo distinguir además sus plumitas rojas en el pecho? ¿Se trató, por el contrario, de una invención poética, un dulce lirismo presentido más con los ojos del espíritu que con los ojos del cuerpo?

Consideraciones finales

Hemos expuesto ya, en líneas generales, las declaraciones de los diferentes testigos presentados por los abogados de las partes litigantes, y se han reproducido también, total o parcialmente, algunas cartas que los diferentes letrados aportaron al juicio como prueba documental de sus respectivas tesis.

En cierto modo, por lo tanto, aquí debería terminar nuestra participación. A partir de este momento, tendrían que ser ustedes quienes, ilustrados por todo cuanto antecede, emitiesen su veredicto a propósito de la validez o de la nulidad del testamento de Gastón de Puyparlier, o, lo que es igual, a propósito de la capacidad visual del anciano durante los últimos meses de su vida, que es, en definitiva, lo único que realmente importa.

No nos atrevemos, sin embargo, a abandonar a nuestros lectores sin hacerles antes una advertencia de orden general que consideramos de la máxima importancia:

¿Deben ustedes aceptar como rigurosamente cierto lo que declararon unos y otros testigos? ¿Respondieron esas declaraciones fielmente a la realidad?

Bueno será pues, al llegar a este punto, conducirnos con la máxima prudencia y andarnos con mucho tiento al establecer nuestras conclusiones. No podemos olvidar, por ejemplo, que dos testigos falsos pueden matar a un hombre verdadero y que si bien es cierto que los amigos no sirven como testigos, aún sirven mucho menos los enemigos. Al fin y al cabo, señores, en este mundo cada cual juzga según sus

gustos y sus intereses, y las opiniones dependen más de nuestros sentimientos que de nuestra inteligencia, suponiendo, claro está, que la tengamos.

Hecha, pues, esta advertencia, consideramos oportuno indicar, a modo de colofón, algunas breves indicaciones sobre determinadas circunstancias personales de los diferentes testigos que (incluso sin que ellos fuesen conscientes de ello) pudieron alterar en mayor o menor grado la realidad de sus respectivas declaraciones.

Jean-Paul Verité

El doctor Jean-Paul Verité fue, recordémoslo, el primero de los testigos presentados por el abogado de la parte demandante.

Recordemos que, según el doctor Verité, Gastón de Puyparlier no pudo leer su testamento durante la noche del 12 al 13 de octubre de 1874. Para emitir esa opinión se apoyó no sólo en razones de tipo somático (sentidos debilitados y percepciones muy confusas), sino también en la complicadísima caligrafía del notario Rousselin. Su testimonio, por lo tanto, apoyó la tesis que sostenía que el testamento del anciano terrateniente debía invalidarse, privando así a Federica Vernier (hermana de la heredera Dominique Vernier) de una cuantiosa fortuna.

Nosotros, sin embargo, debemos formularnos inmediatamente las siguientes preguntas:

Primera. ¿Pudo acaso influir en la declaración del doctor Jean-Paul Verité el hecho de que algunos

años atrás hubiese requerido en amores a Federica Vernier, siendo rechazado olímpicamente por la muchacha?

Segunda. ¿Le hubiese parecido tan enrevesada la caligrafía del notario Rousselin, si Federica Vernier hubiese aceptado las proposiciones matrimoniales que el doctor Verité le hizo entonces?

Tercera. ¿Se hubiera mostrado tan severo al juzgar las posibilidades oculares de Gastón de Puyparlier, si con ello hubiese perjudicado los intereses de su esposa?

Urbain Lautrec

Declaró Urbain Lautrec (recordemos que fue uno de los testigos presentados por el abogado de la parte demandada) que Gastón de Puyparlier vivió las últimas semanas de su vida angustiado por la posibilidad de morir asesinado. Declaró asimismo que el anciano había sido capaz de descubrir las huellas de unas pisadas en el huerto y que continuaba confiando en su buena puntería para defenderse de un misterioso merodeador nocturno, tal vez su propio sobrino, Armando de Puyparlier.

Declarando todo eso, obviamente Lautrec defendió los intereses de Federica Vernier y dificultó la posibilidad de que Armando de Puyparlier, al ser designado judicialmente nuevo heredero de su tío, acabase instalando sus reales en la mansión de Gastón que, como se dijo oportunamente, colindaba con la suya. Teniendo en cuenta que el sobrino calavera tenía en

toda la comarca fama de ser maestro en seducciones y engaños, ¿no influiría en el testimonio de Urbain Lautrec el secreto deseo de mantener a aquel joven disoluto, licencioso y corruptor —al que se le atribuía la paternidad de innumerables niños— lejos de su adorable e ingenua hija, Cristine de Lautrec?

Dicho lo que antecede de otro modo: ¿y si aquel día Gastón de Puyparlier ni siquiera hubiese sido capaz de descubrir sus propias pisadas impresas sobre la tierra húmeda del huerto?

Cornelio Rocheteau

Cornelino Rocheteau, ex alcalde de Ministrone y presidente del Círculo Recreativo de la pequeña ciudad, fue el último testigo presentado por la parte demandante. Declaró que durante la tarde del 16 de septiembre de 1874 había visto a Gastón de Puyparlier en el casino de Ministrone fingiendo leer una revista que, sin embargo, mantenía cabeza abajo.

Sobre este hecho concreto poco importan las apreciaciones subjetivas. Uno ve lo que ve y punto. Las cosas están al derecho o al revés y los libros, del mismo modo, pueden estar cabeza arriba o cabeza abajo, siendo este hecho concreto independiente de la simpatía o antipatía que sintamos por el lector.

Rocheteau, por lo tanto, *vio* cómo Puyparlier leía una revista puesta al revés y eso es precisamente lo que declaró ante el juez, pero, cuidado, seamos prudentes y formulémonos la siguiente pregunta: ¿no hubiese expresado esa circunstancia de otra manera,

es decir, empleando otras palabras o situándose en otras perspectivas, de no estar secretamente interesado en que Armando de Puyparlier se hiciese con la herencia en litigio? ¿No hubiese declarado, por ejemplo, que Gastón de Puyparlier no estaba en realidad leyendo, sino comprobando la calidad de la encuadernación de la revista en cuestión, y que precisamente por eso la mantenía en posición invertida? ¿Daríamos el mismo valor específico a su testimonio de saber que Rocheteau y Armando de Puyparlier tenían desde hacía algún tiempo el proyecto de montar una fábrica de sombrillas y paraguas en las afueras de Ministrone, y que para poner en marcha ese proyecto, es decir, para financiarlo, necesitaban ineludiblemente que el sobrino calavera entrase antes en posesión de la fortuna de su tío?

Martine Manteau

Esta mujer, que declaró haber trabajado durante quince años como ama de llaves en la mansión de los Vernier, fue también testigo de la parte demandante. Recordemos que se refirió con especial virulencia al mal carácter de la infortunada Dominique. La llamó diablo (en realidad, hubiera debido llamarla diablesa) y recordó incluso que en cierta ocasión vio cómo Dominique perseguía a su madre por los interminables corredores de la mansión, dándole puñetazos en la espalda.

¿No resultaría, sin embargo, conveniente, para calibrar correctamente su testimonio, saber que aque-

lla mujer (acomplejada desde la más tierna infancia por su extrema delgadez) había sentido siempre una envidia invencible por las opulentas formas de la hija de la casa, que a los catorce años ya había reventado cuatro corsés? ¿No debería tenerse presente el avasallador complejo de inferioridad que agarrotaba al ama de llaves cada vez que veía a la niña de la casa saltando a la comba, con los inmensos senos bamboleándose rítmicamente, o rechazando con un mohín displicente lo que para ella (suntuosos vestidos, costosas joyas, pieles espléndidas) hubiese significado la culminación de todos sus sueños?

Maurice Hermitage

Fue el tercer testigo presentado por el abogado de la parte demandante. Un hombre sumamente inteligente, pero famoso en todo el gremio de anticuarios por su falta de honradez y su mendacidad. Dijimos en su momento que Maurice Hermitage podía haber sido sincero en la primera parte de su testimonio sólo para que el juez (teniendo en cuenta la fama del anticuario y el hecho de que un mentiroso de categoría es incapaz de decir dos verdades seguidas) no creyese en la segunda parte de su declaración, en la que había dado a entender (al referirse a los delicadísimos detalles en un mueble de ébano que Gastón pudo distinguir sin necesidad de gafas) que durante el otoño de 1872 la vista del anciano terrateniente era todavía excelente.

Puestos a buscarle tres pies al gato, sin embargo, podríamos preguntarnos: ¿y si aquel pícaro anticua-

rio hubiese sido sincero en la primera parte de su declaración, para que el juez, pasándose de listo, tuviese luego por falsa la segunda parte de su testimonio, a pesar de ser también rigurosamente cierta? ¿Y si por encima de las consignas recibidas y de los intereses en juego, hubiese prevalecido en Hermitage el invencible deseo de chancearse de todo el mundo?

Las posibilidades abiertas por la reconocida mendacidad de Maurice Hermitage, y sobre todo por su sentido lúdico de la vida, son, de cualquier modo, muy numerosas.

Primera. Que hubiese sido sincero en la primera parte de su declaración para que el juez no creyese luego, tal como convenía a los intereses de Armando de Puyparlier, en la segunda parte de su testimonio. Ésta es precisamente la posibilidad que apuntábamos en la primera valoración que hicimos de la intervención del falaz anticuario.

Segunda. Que hubiese sido sincero en la primera parte de su declaración, sólo para cubrir el riesgo de que el juez, pensando que había descubierto su juego y pasándose de listo, creyese también a pies juntillas en la segunda parte del testimonio.

Tercera. Que hubiese faltado a la verdad en la primera parte de su declaración para evitar que el juez, mostrándose cada vez más astuto y para protegerse de los riesgos apuntados en la posibilidad anterior, creyese en la segunda parte del testimonio.

Cuarta. Que hubiese dicho la verdad en la primera y segunda parte del testimonio, sin importarle la posibilidad de que el juez, hecho un lío, no creyese luego ni una sola palabra de lo que había declarado.

Quinta. Que, llevado por su extraordinaria inclinación a la falsedad y a la chanza, hubiese mentido tanto en la primera como en la segunda parte de su testimonio, sólo para darse el gusto de ver luego qué era lo que el juez tomaba por falso y qué por verdadero.

No nos queda más remedio que reconocer, a fuer de sinceros, que la exposición de todo este amplio abanico de posibilidades no queda todo lo clara que sería de desear. Somos conscientes, además, de que correríamos incluso el riesgo de enloquecer si tuviésemos ahora la pretensión de exponer, una por una, todas esas opciones. Lo único que pretendemos significar, a fin de cuentas, es que las combinaciones verdad-mentira, con todos sus colores, matices, claroscuros y penumbras, son prácticamente infinitas, que los caminos que sigue la astucia de los hombres se adentran algunas veces por los más extraños paisajes y que, puestos a rizar el rizo, habría que interpretar el testimonio del anticuario Maurice Hermitage con muchísimas más prevenciones que las que normalmente se adoptan con testigos menos aficionados a la mentira y al embrollo.

Justine Fourcassié

Recordemos que Justine Fourcassié, ama de llaves durante algo más de cinco años al servicio de Gastón de Puyparlier, fue el primer testigo presentado por el abogado de la parte demandada. Aquella mujer no ocultó ante el juez la profunda veneración

que había sentido por su señor, y al afirmar que Gastón, poco antes de morir, había sido capaz de descubrir matices amarillentos en su ropa interior, apoyó la tesis de que la vista del anciano no era tan mala como pretendía el abogado de la parte contraria.

Cuidado, sin embargo, con la modesta señora Fourcassié, porque sabemos que algunas veces la modestia es hermana de la hipocresía. Oportunamente describimos a Justine Fourcassié como una mujer de mediana edad, mirada de halcón y carnes severamente encorsetadas. Lo que no dijimos, sin embargo, es que algunos años atrás Justine, pese a haber sido educada en los más rigurosos principios de la moral cristiana, tuvo que imponerse severas penitencias para acallar la llamada de la carne pecadora y que durante una temporada, pese al cilicio y al ayuno, estuvo locamente enamorada de Armando de Puyparlier, a quien conoció durante una de las contadas visitas que el sobrino calavera hacía por aquellos tiempos a su tío. Nosotros, por lo tanto, nos preguntamos: ¿y si la señora Fourcassié hubiese exagerado al ponderar la vista de Gastón de Puyparlier? ¿Y si lo único que se hubiese propuesto, con su testimonio favorable a los intereses de Federica Vernier, fuese perjudicar los de Armando de Puyparlier? ¿Habrá que decir que ese muchacho, durante la primavera de 1870, y haciendo honor a su fama de donjuán irresistible, no tuvo ningún problema para seducir a Justine Fourcassié con sólo diez minutos escasos de palique? ¿Habrá que contar también las humillaciones sin cuento que, a partir de aquel día, tuvo que soportar la infeliz sirvienta? Por ejemplo, ¿podría olvidar alguna vez la

señora Fourcassié, por muchos años que viviese, que aquel malévolo señorito la encerró una noche en el cuarto de planchar y que la tuvo allí hasta el día siguiente en cueros y en ayunas?

Arístides Lafayette

Fue el séptimo testigo presentado por el abogado de la parte demandante. Un hombrecito de aspecto ratonil —así le describimos oportunamente—, pero que el abogado de Armando de Puyparlier supo utilizar debidamente. Declaró Arístides Lafayette (recaudador de contribuciones, no lo olvidemos) que, el 12 de agosto de 1874, Gastón de Puyparlier fue incapaz de separar unas cuantas monedas y que tuvo que ayudarle en ese menester.

Perfecto, puede que fuese realmente así. Pero, ¿y si ese oscuro funcionario, menospreciado durante muchísimos años por sus superiores, hubiese querido dejar constancia pública de su eficacia y honradez, al declarar que había acudido en ayuda de un contribuyente que se equivocaba continuamente en contra de sus propios intereses? ¿No entra dentro de lo razonable que un hombre tan acomplejado por sus propias limitaciones, exagerase las del anciano terrateniente para demostrar que no era precisamente él, Arístides Lafayette, quien ocupaba el último lugar en la lista de los inútiles?

Testigo presentado por el abogado de la parte demandada, la señorita Hélène de Saint-Chaumont ensalzó en su testimonio a la amiga difunta, Dominique Vernier, atribuyéndole virtudes capaces de justificar el amor que Gastón de Puyparlier sintió por ella. No se mostró demasiado generosa al enjuiciar los encantos físicos de Dominique, es cierto, pero dejó bien claro que su difunta amiga reunió todos los atributos que se consideran suficientes para enamorar a un caballero entrado en años.

Al reflexionar sobre el testimonio de esa misteriosa mujer de porte aristocrático y nariz —deberían ustedes recordarlo— de envenenadora veneciana, resulta lógico, sin embargo, que nos formulemos algunas preguntas. Por ejemplo: ¿y si Hélène de Saint-Chaumont hubiese tratado de compensar, con tantos piropos póstumos, los irritantes aires de superioridad con que apabulló a Dominique Vernier mientras estuvo viva?

Similares consideraciones podrían hacerse de las declaraciones de los demás testigos: Michel Cordelier, René Signoret, Horace Legrand y Jacqueline Diderot. En todos y cada uno de los testimonios presentados por esas personas debieron de influir, aunque fuese como un eco lejano, las respectivas circunstancias personales.

Dictar sentencia en este litigio (en realidad, en cualquier litigio) no resulta, pues, nada fácil. Ya es malo que sobre un mismo hecho coincidan diferentes opiniones (las diversas opiniones oscurecen la

verdad), pero todavía es peor que ni siquiera cada una de ellas, considerada con independencia de las demás, responda a una apreciación objetiva y desapasionada de los hechos.

En el juicio entablado por Armando de Puyparlier, el sobrino calavera y seductor, contra Federica Vernier, heredera de Dominique Vernier, se dictó obviamente la correspondiente sentencia. No sabemos, sin embargo, cuál fue esa decisión.

Tendremos que ser nosotros mismos, por lo tanto, quienes, a la vista de los diferentes testimonios expuestos, de las pruebas documentales aportadas por los abogados de las dos partes litigantes y de los comentarios y consideraciones marginales que se han reproducido para facilitarles la mejor comprensión de los hechos, dictemos nuestra propia sentencia.

El compromiso que se nos plantea, no vamos a ocultarlo, es muy grave. Debemos tener en cuenta, en efecto, que lo que realmente importa no es decidir el destinatario final de una fortuna, por cuantiosa que sea, sino, sobre todo, dictaminar si aquel anciano y apasionado caballero que fue conocido en este mundo como Gastón de Puyparlier, pudo o no pudo, durante la noche del 12 al 13 de octubre de 1874, leer por sí mismo el testamento que acababa de dictar al notario Rousselin.

Cuidado —podría preguntarse alguno, lógicamente alarmado—. Fue la opinión pública la que crucificó a Cristo, de acuerdo, pero ¿hemos de ser también nosotros quienes, con nuestras opiniones, crucifiquemos a Gastón de Puyparlier? ¿Hemos de ser nosotros quienes determinemos si aquel anciano

caballero, dolores y achaques aparte, pudo despedirse de este mundo con una sonrisa inteligente y comprensiva? ¿No se nos obligará de ese modo a reflexionar sobre nuestras propias miopías e impotencias?

Post Scriptum

No puedo poner punto final a estas páginas sin advertir previamente al curioso lector que tal vez quien esto firma haya incurrido en algún error (puede, incluso, que en varios) al consignar las fechas de las numerosas cartas que se transcriben a lo largo del texto. Queremos decir que bien podría ser que una de esas cartas, fechada por ejemplo un 13 de agosto o un 9 de septiembre hubiese sido escrita en realidad un 18 de febrero o un 4 de octubre, o incluso en otro año.

Comprobar una por una todas esas fechas hubiese supuesto una pesada tarea —sobre todo para un pluriempleado como quien suscribe este texto, con numerosas ocupaciones a las que atender—, así que preferimos dejar las cosas como están y confiar en que los errores, si es que existen, no sean demasiados o, por lo menos, que carezcan de importancia.

«Pero, vamos a ver», podría preguntarnos algún lector ofendido, subiéndose a la parra. «¿Cómo tiene usted la cara dura de entregar a la imprenta un original que no ha sido previamente corregido? ¿Cómo se expone, por poner un ejemplo, a que uno de los protagonistas de su historia responda a una carta que to-

davía no ha recibido, sencillamente porque aún no ha sido escrita? ¿Cómo entender, por muy imaginativos que sean sus lectores, que alguien puede escribir una carta, por muy fúnebre que sea su contenido, dos o tres años después de su muerte? ¿Cómo consignar que alguien puede atragantarse con una espinita de merluza cuando lleva ya tres años criando malvas en el camposanto?»

Puede que ese lector indignado tuviese su parte de razón al formular todas esas preguntas, pero a pesar de todo, preferimos que no se entretengan en comprobar las fechas. Al fin y al cabo, puede que esas fechas no sean tan importantes como pensamos.

Para justificar nuestros posibles gazapos podríamos pensar incluso, como los que condenaron al sabio Galileo, que la Tierra no se mueve porque su movimiento no se nota y que, en consecuencia, el tiempo tampoco existe. O podríamos incluso invocar la teoría de la relatividad, remitirnos al fenómeno de la dilatación del tiempo o referirnos al interior topológico como región abierta del espacio-tiempo, que constituye, como dicen los entendidos, un conjunto acronal.

Pero, incluso sin vernos en la necesidad de recurrir a esas teorías, podemos hacernos, por ejemplo, las siguientes preguntas: ¿qué importancia puede tener, por un ejemplo, el hecho de que Geneviève de Puyparlier, madre de Gastón, falleciese realmente en el año 1871 en lugar de 1869? ¿Qué le importa al Universo ese detalle? ¿Qué son dos miserables años comparados con la edad de las estrellas?

Somos conscientes de que, si negamos toda su

importancia a la cronología de los hechos, nos exponemos a escribir que Gastón de Puyparlier nació antes de que lo hiciese su señora madre. Eso es cierto, desde luego, corremos ese riesgo y lo aceptamos, pero, aun con todo, continuamos prefiriendo que los lectores pasen por alto la letra menuda de las fechas y se concentren en las líneas maestras del relato, es decir, en su sustancia, que es lo único que realmente importa. Si en lo puramente cronológico no nos sentimos completamente seguros, sí lo estamos en los hechos que narramos, aunque ocurriesen un poco antes o un poco después de la fecha que se consigna.

Al fin y al cabo, el tiempo es sólo una máquina física y, como todas las máquinas, tiene sus fallos.

Índice

Testigos presentados por la parte demandante
1. Jean-Paul Verité 15
2. Horace Legrand 21
Algunas notas biográficas a propósito del señor Gastón de Puyparlier 23
3. Maurice Hermitage 26
Consideraciones marginales a propósito del testimonio de Maurice Hermitage 28
4. Michel Cordelier 32
Consideraciones marginales a propósito de François Récamier 32
5. Martine Manteau 39
6. René Signoret 44
Comentarios al testimonio del señor René Signoret 47
7. Arístides Lafayette 48
Comentarios al testimonio de Arístides Lafayette 51
8. Cornelio Rocheteau 55

Testigos presentados por la parte demandada 61
1. Justine Fourcassié 62
Algunas consideraciones sobre el testimonio
de la señora Justine Fourcassié 65
2. Jacqueline Diderot 74
3. Hélène de Saint-Chaumont 78
4. Urbain Lautrec 86
Consideraciones sobre el testimonio
de Urbain Lautrec 88
5. Charles-Auguste Samaritane
y Guillaume Chantalapierre 90

Pruebas documentales
A) Pruebas documentales aportadas
al juicio por la parte demandante 93
B) Pruebas documentales aportadas
al juicio por la parte demandada 106
Comentarios a las seis cartas escritas
por la señorita Dominique Vernier
y aportadas como prueba por el
abogado de la parte demandada 112
Comentarios a las cinco cartas escritas por
el señor Gastón de Puyparlier a la señorita
Dominique Vernier y aportadas como
prueba por el abogado de la parte
demandada 118
Consideraciones finales 120
Jean-Paul Verité 121
Urbain Lautrec 122
Cornelio Rocheteau 123
Martine Manteau 124
Maurice Hermitage 125

Justine Fourcassié 127
Arístides Lafayette 129
Hélène de Saint-Chaumont 130

Post Scriptum 133

Diseño de cubierta: Estudio Ediciones B
Imagen de cubierta: Bridgeman / Index

OTROS TÍTULOS



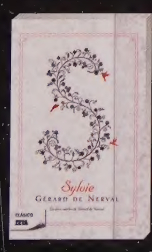
EL CRIMEN DEL CINE ORIENTE
Javier Tomeo



EL VELO PINTADO
W. Somerset Maugham



HABÍAMOS GANADO LA GUERRA
Esther Tusquets



SYLVIE
Gérard de Nerval

JAVIER TOMEO

El discutido testamento de Gastón de Puyparlier

«El caballero Gastón de Puyparlier, acaudalado terrateninente, falleció el 13 de octubre de 1874, a la edad de setenta y cuatro años.

Durante la velada del 12 al 13 de octubre de 1874, poco antes de morir, Gastón de Puyparlier dictó su última voluntad al notario Arístides Rousselin. En ese testamento instituyó heredera universal de toda su fortuna a la señorita Dominique Vernier, con la que había sostenido un apasionado romance durante los últimos años de su vida.

La referida Dominique, que era cuarenta y cuatro años menor que su amante, no pudo disfrutar de la fortuna que, en cierto modo, le había caído del cielo. Dos meses después del fallecimi
de su anciano enamorado tuvo la desgracia d
rir atropellada por un landó. Le heredó su
hermana, Federica Vernier. La cosa, sin emba
no acabó ahí...»

ZETA

PVP A

ISBN 978-84-9872-

9 788498 723250

www.zetabolsillo.com